CLARA ANN SIMONS

INFILTRADA



Infiltrada

Agente especial Alicia Walker. Libro 1

Clara Ann Simons

Infiltrada

Agente especial Alicia Walker.

Libro 1

Clara Ann Simons ©2021 por Clara Ann Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Registrado el 25/05/2021

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada se muestra a afectos ilustrativos solamente, la persona que aparece en ella es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con su autora, ni con ninguno de los protagonistas.

La obra describe algunas escenas de sexo explícito por lo que no es apta para menores de 18 años o la edad legal del país del lector, o bien si las leyes de tu país no lo permiten.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com

http://www.clarasimons.com

Twitter: @claraannsimons1

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Otros libros de la autora

Capítulo 1

ALICIA

El jeep vuela por una polvorienta carretera del desierto hacia nuestra base, dejando atrás los disparos. Presiono la herida con la mano y mis ojos se llenan de lágrimas mientras, sobre mi regazo, siento cómo la vida de Cat se escapa sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. La sangre brota a borbotones de su pecho, sus ojos fijos en mí suplicando que no la deje marchar, no de esta manera.

Agitada, me despierto y permanezco sentada en la cama desorientada, tratando de recordar dónde me encuentro. Ya han pasado tres años y no consigo sacar de mi cabeza esa puta pesadilla, supongo que no llegaré a hacerlo nunca.

Joder, parece tan real, el pánico en sus ojos es tan auténtico, que miro frente a frente a la muerte casi todas las noches. Cat, la única mujer que ha llenado mi vida se marchó ese día entre mis brazos de la manera más tonta. Juro que si algún día me entero de quién fue la persona que no comprobó los parámetros de la misión, le degüello.

—¿Te encuentras bien?—pregunta la mujer que duerme a mi lado abriendo con pereza los ojos.

Asiento con la cabeza y una especie de gruñido, buscando torpemente en el cajón de la mesita de noche la caja de Trankimazin y engullendo una de las pastillas con un sorbo del whisky que sobró de la noche anterior a falta de agua. Las jodidas pastillas consiguen que esos recuerdos no regresen a mis sueños, pero me vuelven más torpe.

Bañada en un sudor frío, me recuesto junto al cuerpo desnudo de Carrie, o Katie, o como quiera que se llame mi acompañante de la última noche, no recuerdo bien su nombre. Besaba bien y follaba mejor, aunque dudo que la vuelva a ver. No sé si algún día podré olvidar a Cat.

***

—Llegas tarde, Walker, una vez más. A mi despacho—ladra Bill en cuanto me asomo por la puerta de la oficina.

Lo último que necesito en estos momentos es una bronca, pero tiene toda la

razón, estamos a viernes y es la tercera vez que llego tarde esta semana. Entro en el despacho de mi superior, el agente especial al mando Bill McGrath, esperando solamente que no se alargue demasiado, necesito un café doble bien cargado para empezar a funcionar.

—Bill, lo siento, no sé lo que ha pasado, no se repetirá—me disculpo intentando adelantarme a sus palabras.

—Cierra la puerta—responde con sequedad.

Hago lo que me ordena y me dejo caer sobre una de las sillas que hay frente a su mesa, masajeando mis sienes para intentar olvidarme del dolor de cabeza que me atenaza.

—Alicia, no sé qué coño te pasa. Es como si fueses dos personas diferentes al mismo tiempo; en las misiones de campo eres la mejor agente con la que he trabajado, en cambio, en la oficina, eres un jodido desastre, prácticamente un zombi—recrimina mirándome fijamente a los ojos.

Antes de que pueda empezar a contestar, vuelve a tomar la palabra con el rostro serio, cargado de preocupación.

—No es eso para lo que te he pedido que vengas, aunque de cara a tus compañeros es necesario que lo parezca—expone mirándome por encima de sus gafas.

—Tú dirás.

—Tengo una misión para ti, órdenes directas del director adjunto Smith, pero, por algún motivo no acabo de verlo y podría ser peligroso si se tuerce. Tendrás que trabajar sin compañero—explica abriendo una carpeta marrón que se encuentra sobre su mesa.

—Sabes que no me importa el peligro y, aunque os guste trabajar por parejas, prefiero hacerlo sola. ¿De qué se trata?—inquiero con ganas de volver al trabajo de campo y abandonar la jodida oficina que me aprisiona como una jaula.

—Sé que no temes al peligro, a veces, es como si no le dieses ningún valor a tu vida, aunque espero que tengas cuidado—insiste el agente McGrath.

—No soy fácil de matar, puedes creerme. ¿De qué se trata la misión?

—Una desaparición, una chica de veinticinco años, Sofía Bartow. No saben nada de ella desde hace dos días, su madre ha sido quien la ha denunciado—expone mi superior con calma sacando algunos papeles de la carpeta marrón.

—¿Una desaparición? No me jodas, Bill. ¿Por qué entra el FBI en ese caso?—pregunto confusa.

—¿Te dice algo el apellido Bartow?—inquiere arqueando las cejas.

—¿La farmacéutica?

—Exacto, es la hija del difunto Paul Bartow, y su tío Julius Bartow dirige Bartow Pharma Inc. Su madre es Melinda Mastoris, retomó el apellido de soltera tras morir su marido, la hermana del senador Mastoris, quien ha llamado directamente al director adjunto para que nos ocupemos del caso—explica Bill extendiendo los papeles sobre su mesa de despacho.

—Joder, Bill, seguramente se habrá marchado con su novio y ahora mismo estará follando en alguna isla del Caribe, no llamará hasta que se le acabe el dinero—refunfuño negando con la cabeza sin poder creer que nos tengamos que ocupar de un caso así.

Haciendo uno de sus característicos largos silencios, Bill McGrath me sirve una taza de café antes de seguir hablando.

—Hay testigos que la sitúan en el Colmillo negro la noche de la desaparición junto a Marco Saavedra, a quien se relaciona, como sabes, con la gente de Sinaloa y parecía muy nerviosa—añade mi superior señalando una foto del tal Marco Saavedra.

El Colmillo negro es un local de lujo del que se cuenta que sirve como tapadera para facilitar tratos entre las distintas organizaciones criminales que operan en Chicago y, en general, toda la zona del Medio Oeste del país. Sin embargo, que se reúnan allí capos de distintas organizaciones sobre los que no pesa ninguna orden de detención no constituye delito alguno, aunque no deje de ser sospechoso.

El departamento de policía ha solicitado en más de una ocasión poder efectuar

una redada, pero el local está hasta la bandera de la gente guapa de la ciudad, todos los jóvenes herederos de las mayores fortunas del estado lo frecuentan con asiduidad y eso complica una intervención que llame la atención.

—¿Crees que se trata de un secuestro para financiar sus operaciones?—pregunto extrañada.

—Eso es lo que pensamos al principio, sin embargo, nadie se ha puesto en contacto con la familia para pedir un rescate, por lo que se baraja incluso una operación de trata de blancas—masculla Bill con preocupación.

—No da el perfil—replico negando con la cabeza—. Sería complicarse la vida de manera innecesaria, no se van a arriesgar llevándose a una chica cuya familia está dispuesta a remover cielo y tierra para encontrarla y, además, tienen los medios para hacerlo.

—Eso mismo es lo que le he dicho al jefe—reconoce mi superior acariciándose el mentón—pero debemos mantener todas las líneas de investigación abiertas. El director adjunto quiere que frecuentes ese bar de incógnito y te mezcles con la gente a ver si puedes sacar algo en claro. No hace falta que te diga que si los de Sinaloa están detrás de esto, lo último que necesitas es que alguien te relacione con el FBI.

—Por lo que cuentan de ese local, no solo me tengo que preocupar de los de Sinaloa, también lo frecuentan los italianos, gente del Este de Europa, incluso grupos del sudeste asiático—puntualizo haciéndole ver que no creo que merezca la pena la línea de trabajo que hemos elegido.

Tras dejarme bien claro que no tenemos elección porque las órdenes vienen de arriba, Bill me asegura que soy la persona mejor preparada para hacerme cargo del caso y, a continuación, indica algunos de los peligros que conlleva trabajar de incógnito, que van más allá del riesgo obvio de que te identifiquen.

—Si la misión se alarga, existen riesgos psicológicos asociados a trabajar infiltrado—me explica con su típico gesto de mirar por encima de las gafas—. Te obligará a estar un tiempo separada de tu trabajo, de tu familia o de tus amigos y no podrás discutir el caso nada más que conmigo o con el director adjunto, y eso muy de vez en cuando.

—Lo entiendo—le aseguro.

—¿Has trabajado alguna vez infiltrada?—inquiere con curiosidad.

—No—admito dando un nuevo sorbo al café—. Mi unidad estaba especializada en rescate de rehenes y operaciones *hit and run*.

—¿Sales con alguien ahora? No podrías comentarle nada.

—Ahora mismo no estoy con nadie, en ese sentido no habrá problema—expongo encogiéndome de hombros.

—Debes superar lo de tu novia, entiendo que tiene que ser muy duro verla morir entre tus brazos sin que pudieras hacer nada y…

—No te preocupes por eso—le interrumpo sin querer escuchar nada que me obligue a recordar la muerte de Cat.

—Bien, el plan básico es que te hagas pasar por una cliente del local, se te proporcionará una identidad falsa y una tarjeta de crédito junto a dinero en efectivo para consumir en ese bar los días que estés infiltrada. También hemos alquilado para ti un apartamento en el centro de la ciudad, a cinco minutos caminando del Colmillo negro, de hecho puedes ver la puerta de entrada desde una de las ventanas. Procura descansar durante el día y mantén los ojos y los oídos abiertos por las noches. Queda a tu discreción lo que tengas que hacer en ese local o fuera de él mientras estés infiltrada, pero, por favor, no me causes problemas—ruega Bill alzando las cejas.

Mientras escucho a mi superior, no puedo evitar pensar en que continúo sin ver la operación. Entiendo que han recibido fuertes presiones de gente importante y con contactos para que nos encarguemos nosotros, pero es más para la policía que para el FBI, salvo que realmente estén metidos los de Sinaloa.

Tengo un buen concepto de mí misma y sé que estoy mejor preparada a la hora de defenderme que cualquiera de mis compañeros, sin embargo, aunque Bill no lo admita, me da la impresión de que mi parecido con la chica desaparecida ha podido tener algo que ver en mi elección.

Bajo sus ropas caras de marca, se puede ver a una chica atlética, de pelo moreno y una piel muy blanca. Bill me ha visto en la calle y sabe de lo que soy capaz, pero tengo dudas de que el director adjunto me haya elegido principalmente por mis rasgos físicos y eso me jode bastante.

La misión no es fácil, dudo que consiga información alguna y tendré que ir con pies de plomo. El local en sí es un polvorín repleto de gente peligrosa mezclada entre los niños pijos y si se la han llevado los de Sinaloa como piensa mi superior, no puedo levantar ninguna sospecha.

Por otro lado, más allá del riesgo físico de la misión, trabajar de incógnito no me presenta ningún problema. No tengo pareja estable, ni familia, ni amigos en esta ciudad, prácticamente soy invisible para todo el mundo y pasarme las noches en un local de lujo con dinero para gastar puede resultar hasta divertido.

Capítulo 2

ALICIA

A las once y media de la mañana recibo una llamada de la secretaria del director adjunto Smith solicitando que me presente en su despacho de inmediato. No me pilla de sorpresa porque Bill, mi superior, ya me había avisado de que me llamarían, aun así, no me apetece nada reunirme con ese hombre, siempre me ha parecido de lo más cínico.

Quizá Bill tenga razón y, desde el incidente en el Golfo en el que mi novia perdió la vida por una negligencia de uno de sus superiores, no confío plenamente en la escala de mando. Abandoné el ejército por eso, aunque mucho me temo que en el FBI tendré el mismo problema.

Tomando una gran bocanada de aire, lo expulso lentamente antes de llamar a la puerta, como queriendo prepararme mentalmente para lo que viene a continuación. En el despacho, junto al director adjunto, se encuentran un hombre y una mujer muy bien vestidos e intuyo, por sus rostros desencajados y la desesperación en su mirada, que deben de ser familiares de la joven desaparecida.

Y seguramente tengan razón para estar preocupados, las primeras setenta y dos horas son claves en una desaparición; han pasado ya cuarenta y ocho y la policía no ha encontrado ni una sola pista, salvo que se la ha visto por última vez junto a Marco Saavedra en un local de lujo, así que trabajamos a contra reloj.

—Adelante, agente Walker—indica el jefe haciendo un gesto con la mano para que pase.

Permanezco de pie junto a la mesa del despacho, con todos los ojos fijos en mí, y no puedo evitar observar la mirada de esa mujer rota de dolor, descompuesta.

—Les presento a la agente especial Alicia Walker, uno de los mejores efectivos de los que disponemos, un orgullo para el FBI. Antes de estar con nosotros estuvo en las fuerzas especiales del ejército, cumpliendo misiones en Afganistán y el Golfo, y condecorada por su valor. Alicia fue la número uno en la academia de Quantico y destaca en el combate cuerpo a cuerpo y con las armas cortas—recita el director adjunto Smith como si estuviese leyendo mi

currículum.

Sacudo brevemente la cabeza como queriendo sacar de mi mente sus palabras, consciente de que la Alicia Walker que está describiendo ya no existe, y lo que queda de ella es solamente una sombra desdibujada de lo que un día fui.

En los ojos de la mujer que está en el despacho se dibuja un atisbo de esperanza, como si se acabase de convencer de que voy a encontrar a su hija en un abrir y cerrar de ojos, aunque, si de verdad se la ha llevado la gente de Sinaloa, es posible que jamás la localicemos, ni siquiera muerta.

—Agente especial Walker, le presento a la señora Melinda Mastoris, madre de Sofía Bartow, y a su hermano, el senador Mastoris.

Tras la rápida presentación, les saludo con un leve movimiento de cabeza y me mantengo en mi puesto a la espera de que mi jefe continúe con la conversación.

—Como les estaba diciendo, la agente especial Walker ya ha estado discutiendo los pormenores del caso con su superior, el agente especial al mando Bill McGrath, y ha desarrollado una línea de trabajo que estamos seguros de que nos permitirá encontrar a Sofía sana y salva. Están en las mejores manos—les asegura a pesar de que apenas tenemos una sola pista y no demasiado fiable para empezar a investigar.

La reunión se alarga durante poco más de media hora y, pese a los continuos intentos de los familiares por conocer los detalles de la investigación que llevaremos a cabo, por mi seguridad y la de la chica, en el supuesto de que siga con vida, no podemos decirles que trabajaré de incógnito en el Colmillo negro.

—Por favor, señorita Walker, encuentre a Sofía con vida—suplica la mujer con los ojos bañados en lágrimas apretando mis manos entre las suyas cuando me despido.

Tras la corta reunión en el despacho del director adjunto, que a mí se me hace eterna, vuelvo a reunirme con Bill para recoger la documentación y ultimar algunos detalles antes de abandonar a grandes zancadas las oficinas rumbo a mi nueva identidad.

En un sobre marrón, me entregan un documento de identidad falso a nombre

de Alicia Roberts con la dirección de mi nueva vivienda, cercana al Colmillo negro, las llaves del apartamento, dos mil dólares en efectivo, una tarjeta de crédito, una placa de matrícula falsa para mi motocicleta y una pistola Walther Q5 Match Champion de 9 milímetros Parabellum.

Al estar trabajando de incógnito, debo utilizar un arma diferente a las Glock de 9 mm. Luger que solemos portar en el cuerpo como arma reglamentaria y, ya que me han dejado elegir, he solicitado una pistola diseñada para el tiro de competición, mucho más cara que nuestra arma reglamentaria, pero suficientemente manejable y más precisa. Espero no tener que utilizarla, pero su cargador de diecisiete disparos y la precisión de la que esa pistola hace gala, me pueden sacar de un apuro.

El apartamento que el FBI ha alquilado para el tiempo que estaré trabajando de incógnito es sencillamente espectacular. Pequeño, pero perfectamente equipado. Está en una de las zonas más caras de la ciudad, así que les estará costando un buen dinero. Yo me arreglo con cualquier cosa, he dormido en sitios que harían vomitar a las cucarachas, aunque, si puedo elegir, prefiero la comodidad.

Desde la ventana del dormitorio puedo divisar el Colmillo negro, lo que es una gran ventaja porque podré controlar las entradas y salidas sin necesidad de estar físicamente allí en caso de que sea necesario. No quedaría muy creíble pasar en el local cada minuto desde que abre hasta que lo cierran.

Tampoco han escatimado gastos con mi teléfono móvil, un iPhone de última generación, ni el la ropa. Eso es lo que voy a llevar con mayor dificultad, tengo que hacerme pasar por una pija con dinero que se acaba de mudar a Chicago y no estoy acostumbrada a los tacones ni a los vestidos. Al menos, Bill está al corriente de mi manía de vestir siempre de negro desde la muerte de Cat y ha solicitado toda la ropa en ese color.

Mi estómago ruge de hambre pensando en la pizza de pepperoni y champiñones que acabo de pedir por teléfono mientras instalo una cámara de vigilancia en la ventana enfocando a la puerta del Colmillo negro. Tras dar buena cuenta de la crujiente pizza, me tumbo a descansar, dejando correr el tiempo hasta que llegue la hora de acudir al local de copas e iniciar mi misión como Alicia Roberts.

Capítulo 3

KIM

La habitación huele a una mezcla de inciensos que saturan mis sentidos junto a los aceites esenciales que dos bellezas tailandesas vierten sobre mi cuerpo desnudo. Tumbada sobre un futón en el suelo, me pierdo entre sus caricias en un masaje Nuad Nam Man que me regalo a mí misma de dos a tres veces a la semana.

Mis dos masajistas deslizan sus manos por mi cuerpo con una sabiduría que se pierde en la historia de los tiempos, transmitida de generación en generación a través de miles de años. No en vano, en mi país, los masajes gozan de una gran tradición y son considerados un arte. Afortunadamente, cada vez es más fácil encontrar buenas masajistas en los Estados Unidos, especialmente en ciudades grandes como Chicago.

Es la tercera vez que trabajo con esta pareja de masajistas, y he de reconocer que son una maravilla, se ocupan de la totalidad de mi cuerpo de manera suave pero profunda, y tras cada sesión mi nivel de relajación es fabuloso.

Mi abuela se quejaría diciendo que los verdaderos beneficios se notarán en mi sistema circulatorio y linfático, pero, como esos no los puedo ver, debo centrarme en lo relajada que me quedo al terminar y en lo que mejora mi piel con estos masajes.

Eso, y el aumento en mi libido, porque si ya es excitante que una joven belleza deslice sus manos por tu cuerpo desnudo, cuando son dos y ellas también están desnudas, el placer se multiplica en varios órdenes de magnitud.

Las manos de una de ellas hacen maravillas recorriendo mi espalda con suaves círculos, mientras que la más bajita desliza las suyas por mis piernas haciendo que se me escapen pequeños gemidos apagados de manera continua.

Cuando vierte el aceite sobre mis nalgas y varias gotas ruedan por mi sexo, me conduce directamente al paraíso. Lo cubre sin recato con su pequeña mano, masajeando la entrada de mi vagina mientras su compañera trabaja sobre mi nuca, rozando sus pezones en mi espalda y volviéndome loca de deseo y excitación.

Ni que decir tiene que mi abuela se levantaría de su tumba y me asesinaría varias veces seguidas si supiese en lo que he convertido un masaje Nuad Nam Man tradicional y que, además, me cuesta un generoso extra sobre el precio normal, pero merece totalmente la pena.

La que en teoría se ocupa de mis nalgas, desliza uno de sus dedos hasta introducirlo ligeramente en mi culo mientras que su otra mano recorre una y otra vez la entrada de mi vagina donde mi lubricación natural se mezcla con el aceite logrando que mi nivel de excitación se suba por las paredes.

—Tú puedes marcharte—le indico a la masajista más alta que obedece con una pequeña inclinación de la cabeza.

No es que me importe en absoluto un trío con las dos, la última vez que vinieron hicimos justamente eso, y la más alta tiene una lengua maravillosa, pero hoy me apetece quedarme a solas con la más bajita.

En cuanto el sonido de la puerta al cerrarse me indica que la otra chica ha abandonado la habitación, los dedos de la que se queda se vuelven más aventureros. Colocándolos en forma de “V”, los desliza una y otra vez presionando mis labios entre ellos, logrando que tenga que agarrar con fuerza la toalla que cubre el futón para no gritar de placer.

Subida sobre mí, me cubre con su pequeño cuerpo frotando su sexo sobre mis nalgas y gimiendo junto a mi oído mientras llena mi cuello de pequeños besos y sus manos masajean mis hombros haciendo que se me ponga la piel de gallina cada vez que la escucho jadear.

—Abajo—le indico.

Por mucho que me esté gustando que se frote contra mi cuerpo y escuchar esos pequeños gemidos cerca de mi oído, lo que necesito ahora es tener un orgasmo y a este paso lo va a tener ella antes que yo.

La chica se levanta y regresa solícita a mi sexo haciendo maravillas sobre él. Presiona una y otra vez la entrada de mi vagina con su dedo pulgar deslizándolo sobre ella sin llegar a penetrarme en ningún momento, incrementando la presión y el ritmo hasta que observa que mi excitación crece hasta un límite en el que no puedo más y, separando con suavidad mis labios, introduce uno de sus dedos en mi interior.

Un grito de placer se escapa de mi boca al sentir un segundo dedo unirse al anterior, presionando justo en el lugar donde sabe que me vuelve loca. Los mueve con una maestría única, el aire saturado de olores exóticos, el chapoteo de sus dedos en mi sexo acompasado con nuestros gemidos forman una escena de sublime erotismo.

Con mi excitación por las nubes, no tiene que esforzarse demasiado para conseguir que se forme un orgasmo en mi interior que abandona mi cuerpo como una ola de placer, dejándome completamente relajada sobre el futón mientras ella masajea mi espalda con sus suaves manos.

—Puedes irte—le indico una vez que he recuperado la respiración—os llamaré el lunes.

La chica abandona la habitación con rápidos pasos tras asentir con la cabeza, dejándome sola, tumbada desnuda sobre el futón. Relajada y satisfecha, deleitándome en los olores exóticos que saturan el ambiente y en el placer recibido.

Ese es justo el tipo de relación que quiero; sencillo y sin complicaciones, donde todo queda claro desde el principio y no hay malentendidos. Una relación donde yo estoy siempre al mando y que puedo mantener o cortar cuando me apetezca, sin componentes afectivos, en la que solamente el sexo es importante. Una relación en la que no sea necesario involucrarse sentimentalmente. Bastantes problemas nos plantea la vida como para complicarla buscando amor cuando lo que quiero es sexo.

Capítulo 4

ALICIA

El Colmillo negro está sorprendentemente mal iluminado para ser un local de moda, al menos, así me lo parece, aunque los dos gorilas de casi dos metros que custodian la entrada te dejan muy claro desde el principio que aquí no se permiten bromas.

Por dentro, el bar es espacioso, con una barra principal muy amplia con la que tropiezas nada más entrar y otras diseminadas por zonas un poco más pequeñas y separadas de la vista. Caminando sin rumbo por el local, intento hacerme una idea de lo que puedo esperar y trato de no chocar con la gente mientras estudio alguna vía de escape por si las cosas llegasen a torcerse.

Me matan los zapatos de tacón, no estoy acostumbrada a este tipo de calzado y, al ser nuevos, el problema se multiplica. Al menos, el vestido me queda como un guante, yo siempre visto con ropa cómoda, pero tengo que reconocer que el jodido vestido realza todo lo que tiene que realzar, se nota el dinero que le ha debido costar al departamento.

Un DJ pincha música en directo en una de las salas, rodeada de una pista de baile de un tamaño más que considerable, en la que varios grupos de jóvenes se divierten bailando y no puedo más que admirar la idea que han tenido con este local como modelo de negocio, les proporciona la tapadera perfecta.

No es el típico local sórdido para lavar dinero y reunirse a planificar golpes, sino que han conseguido ponerlo de moda entre la gente pija de Chicago, atrayendo a los jóvenes herederos de las familias más acomodadas y asegurándose de esa manera de que la policía no les toque demasiado las narices. Nadie quiere detener en una redada al hijo de un influyente político o a la hija de un importante empresario, eso solo te causaría problemas con tus superiores.

Está claro que no han reparado en gastos, al fin y al cabo, ganar dinero no creo que sea su objetivo principal, aunque la jugada les ha salido tan bien que imagino que lo están ganando a manos llenas. Observo a mi alrededor y me percato de que el local está repleto de chicas guapísimas, aunque, por desgracia, casi todas acompañadas de algún niñato bien vestido con moreno de yate y no puedo evitar sentirme un poco fuera de lugar deambulando yo sola por el local. Si bien, con tanta gente, dudo de que alguien se fije demasiado en mí.

Al fondo, tras pasar una zona algo más íntima con una barra más pequeña, puedo observar varias puertas cerradas, que imagino que utilizarán para las reuniones.

No disponemos de datos sobre los verdaderos propietarios de este local. Como no podía ser de otro modo, las pistas en el Registro Mercantil te llevan a hombres de paja que solamente hacen de intermediarios por un pellizco del dinero y que no han tenido nunca antecedentes ni problema alguno con la justicia. Ni siquiera una mísera multa de tráfico.

Si es cierto lo que cuentan y sirve para hacer negocios a las distintas organizaciones criminales que operan en la zona, la idea es brillante y requiere de alguien con una agenda de contactos impresionante. Y mucha valentía, de paso.

En el fondo, casi nos hacen un favor, prefiero que colaboren pacíficamente entre ellos a que se líen a tiros luchando por sus territorios porque, al final, ese tipo de cosas casi siempre se les acaba yendo de las manos.

Este local, y quienquiera que lo lleve, puede conseguir una disminución de las muertes violentas, aunque suba el índice de todos los demás delitos.

Cansada de deambular sin rumbo, decido hacerme un hueco en una de las barras y pedir un gin tonic que una camarera preciosa me prepara casi con devoción justo antes de pegarme un sablazo con el precio. Menos mal que paga el departamento, porque por ese dinero podría pillar dos o tres borracheras y eso que aguanto mucho.

Mientras disfruto de la carísima bebida, mi mirada se divide entre las mesas que rodean la pista de baile y el culo de la camarera que me la ha servido hace unos momentos.

Puedo reconocer a algunas de las personas que se sientan en las mesas, nadie importante, solamente jóvenes soldados disfrutando de la noche mientras esperan a que sus jefes terminen el negocio que les ocupe en esos momentos, aunque me sorprende muchísimo observar a gente del este de Europa hablando tranquilamente con italianos mientras beben y meten mano sin recato a sus jóvenes acompañantes, alguna de ellas, quizá, demasiado joven.

Mucho me temo que sacar información sobre la chica desaparecida en este

sitio sin arriesgarme va a ser tarea más que complicada. No sé cómo narices quieren mis superiores que lo haga, aunque puede que la camarera sea mi mejor opción, o quizá, es mi subconsciente el que me traiciona y me empuja a hablar con ella. Puede que sea lo segundo.

Al siguiente gin tonic, iniciamos una animada conversación y me cuenta que se llama Lidia y es modelo. O eso pretende al menos, cuerpo no le falta y, de momento, se gana bien la vida trabajando por las noches en el Colmillo negro y esperando a que alguien le ofrezca una oportunidad.

Por desgracia para mí, Lidia no suelta prenda, posiblemente tampoco sepa nada, y parece más interesada en adivinar cuánto se puede ver a través de mi escote que en proporcionarme alguna pista. Su sonrisa es preciosa, con unos hoyuelos a ambos lados de la boca para volverse loca, sus manos bien cuidadas y con los dedos muy largos y finos.

Al tercer gin tonic, me indica que termina a las dos de la mañana y que, si me apetece, puedo esperarla. Le clavo la mirada haciendo círculos con mi dedo índice sobre la parte de arriba de la copa, decidiendo si es buen momento para una conversación más íntima, hasta que su sonrisa me lo deja muy claro.

—Mi apartamento está justo al lado—le informo perdida en sus preciosos ojos —pero antes, me gustaría dejar claras un par de cosas.

Lidia me mira extrañada mientras extiendo mi mano abierta sobre la barra del bar esperando que ella descanse su mano sobre la mía. El pequeño contacto de nuestra piel me provoca un inevitable cosquilleo, mientras la camarera me observa esperando ansiosa a escuchar lo que le tengo que decir.

—No quiero nada serio, quizá podamos repetir, pero prefiero que sepas que si lo que esperas es una relación, conmigo no hay posibilidad—le aseguro apretando su mano entre las mías.

Lidia asiente, asegurándome que por ella está perfecto antes de volver a hablar.

—¿Y la segunda cosa?—pregunta alzando las cejas como si tuviese cierto recelo ante lo que le puedo decir.

—No te preocupes, no es nada raro. Simplemente, me gusta llevar el control

en el sexo, soy bastante dominante. Si tú también lo eres, creo que no va a funcionar—aclaro encogiéndome de hombros.

—Tampoco hay problema—admite Lidia más relajada—siempre que no quieras probar cosas raras.

Tras asegurarle que no pretendo ningún tipo de práctica que se salga de lo normal, termino mi gin tonic y abandono la barra para dar una vuelta por el local por si pudiese encontrar algo, asegurando a la preciosa camarera que pasaré poco antes de las dos a recogerla.

Capítulo 5

ALICIA

Mato el tiempo como puedo esperando a que lleguen las dos de la madrugada para ir a recoger a Lidia, deambulando sin rumbo por un local que ya empieza a vaciarse de gente.

Por desgracia, nada inusual, ni siquiera un mínimo con lo que pueda informar mañana a mi superior, espero sacar algo de información de la camarera entre polvo y polvo, porque es mi mejor baza en estos momentos.

Un poco cansada, decido volver hacia la barra en la que trabaja Lidia, prefiero no tomar otra copa, porque ya voy bastante puesta y necesito estar lo suficientemente fresca como para sacarle información, si es que sabe algo.

El corazón me da un vuelco y creo que se salta varios latidos justo cuando estoy llegando a la barra y observo a Big Tony entrando en el local. He visto su fea cara en un millón de *dosiers*, pero está muy lejos de casa, su familia controla la zona de Nueva Jersey dependiente del gran capo de Nueva York y, para haber venido hasta aquí, debe tener entre manos un buen negocio.

Le acompaña una mujer asiática sencillamente preciosa. Por los rasgos de su cara, yo diría que de algún país del sudeste asiático, no sabría precisar de cuál. Sin embargo, se nota a la legua que no le está simplemente haciendo compañía, no es ninguna escort contratada para que se lo pase bien. Le dirige a través del local y Big Tony la trata de igual a igual, algo que tiene que ser muy extraño para él, acostumbrado a una organización donde las mujeres se quedan en casa cocinando y cuidando de los niños.

Es posible que sea una tigresa de alguna banda asiática, son prácticamente las únicas en las que una mujer puede acceder a puestos importantes. Nos quejamos de la desigualdad en nuestra sociedad y es irónico que en el crimen organizado estén mucho peor.

A las dos en punto, Lidia termina de trabajar y salimos del local hacia mi apartamento. Estamos casi al lado, pero no puedo resistir la urgencia de empujar su cuerpo contra la pared de uno de los edificios y, rodeando su cuello con mis manos, besar sus labios con pasión.

Su respiración se acelera al sentir mi boca y el cosquilleo en mi sexo se hace irresistible cuando nuestros pechos se rozan al besarnos. Sus labios saben todavía al último gin tonic que hemos compartido antes de acabar su jornada.

No es un beso maravilloso, pero la piel de sus labios es muy fina, y los suaves gemidos que apaga contra mi boca son suficientes como para lograr que mis piernas tiemblen.

—Ya casi llegamos—susurro antes de morder ligeramente el lóbulo de su oreja arrancando un nuevo gemido.

Al llegar a mi apartamento coloco mis manos en su cintura y recorro su cuello con pequeños besos, deslizando la punta de mi lengua por su yugular mientras ella envuelve el mío entre sus brazos y, cerrando los ojos, ladea la cabeza con deseo.

Esto va a ser mucho mejor de lo que me había imaginado, Lidia es extremadamente sensible y receptiva; cada caricia, cada beso, cada pequeño mordisco, arranca de su boca un suave gemido que consigue volverme loca. La manera en que se le pone la carne de gallina cuando la punta de mi lengua recorre cualquier parte de su cuerpo es suficiente como para que me derrita.

Me separo levemente por unos instantes para observarla y ella me mira con deseo, su pecho hinchándose con cada respiración. La piel de su cuello y su escote han adquirido una ligera tonalidad rosácea que destaca de manera deliciosa sobre su blanca tez.

Acaricio la línea de su mandíbula hasta la barbilla con lentitud, recorriendo sus labios entreabiertos con mi dedo pulgar al tiempo que ella cierra los ojos dejando escapar nuevos suspiros mientras lo besa.

—Acompáñame—le indico cogiendo una de sus manos y llevándola hacia el dormitorio.

Borramos de la mano la pequeña distancia que separa la entrada del apartamento del amplio dormitorio, el deseo en sus ojos con cada paso que nos acerca y, al llegar, Lidia ni siquiera habla, simplemente me observa con sus preciosos ojos fijos en mí mientras me siento en la cama.

—Desnúdate, quiero ver tu cuerpo—dispongo mordiendo mi labio inferior

con deseo.

Lidia asiente con un ligero movimiento de cabeza y sonríe para, poco a poco, ir desprendiéndose de su ropa con una lentitud embriagadora, dejándola a sus pies en el suelo. Observar su cuerpo desnudo frente a mí es suficiente para hacerme suspirar; es una mujer preciosa, toda ella, no sabría ni con qué parte quedarme si tuviese que elegir.

Espera desnuda a que le diga algo, sus pequeños y duros pezones rematando unos pechos que parecen obras de arte, su respiración profunda indicando el ansia de ser tocada.

La humedad en mi sexo se hace palpable al levantarme para observarla más de cerca. Lidia deja escapar un delicioso suspiro al sentir mis labios recorriendo su hombro izquierdo con suaves besos, un suspiro que se convierte en gemido cuando mis dedos se deslizan por su columna vertebral hasta su coxis.

Sus largas piernas terminan en el culo más bonito que he visto nunca. Deslizo el reverso de mi mano con suavidad sobre sus nalgas, tan solo una leve caricia, como si de una pluma se tratase y, de nuevo, se le pone la carne de gallina haciéndome enloquecer.

—Hazme algo, por favor—suspira excitada con un hilo de voz.

Rodeando con mis brazos su cintura, pego mi cuerpo al de ella recorriendo su cuello con la punta de mi lengua y suspirando a su oído mientras Lidia acaricia mis manos hasta que nuestros dedos se entrelazan.

Gira su cabeza buscando un nuevo beso, nuestras bocas suspirando al unísono, sus suaves gemidos apagados entre mis labios. Joder, no puedo más, cubro sus pechos con mis manos, sintiendo sus duros pezones entre mis dedos, moviendo las caderas, buscando el contacto de mi sexo en sus nalgas, excitada.

—Por favor, quítate la ropa, necesito sentirte—suplica entre suspiros.

Con prisas, me quito la ropa dejándola tirada a nuestros pies para, una vez desnuda, sentarme en el medio de la cama con las piernas abiertas. Lidia se coloca entre ellas frente a mí, acariciando mi mejilla mientras me besa y recorriendo mis pechos entre pequeños jadeos. Pronto, su boca abandona mis labios para deslizarse alrededor de mis pezones, describiendo maravillosos

círculos sobre mi areola y consiguiendo hacerme temblar.

Si bien sus besos no son nada del otro mundo, nada que vayas a recordar el resto de tu vida, esta chica lame los pezones con una maestría única. Sus cálidas manos recorriendo mi vientre consiguen hacerme estremecer y, cuando una de ellas se cuela entre mis piernas, es más de lo que puedo soportar, dejándome caer sobre el colchón y echando la cabeza hacia atrás con un fuerte suspiro.

Lidia no pierde el tiempo y se coloca entre mis piernas lamiendo mi sexo con pasión, al principio muy lentamente, separando mis labios para saborear la entrada de mi vagina, mordiéndolos suavemente entre los suyos antes de deslizar la lengua por mi clítoris y hacerme gritar.

Entre gemidos, mis dedos peinan su pelo al tiempo que dos de los suyos se cuelan en mi interior penetrándome a un ritmo constante sin separar su lengua de mi clítoris. Describe maravillosos círculos imaginarios dentro de mí y, cuando sus largos dedos se curvan hacia arriba para darme más placer, no le cuesta demasiado conseguir que tenga un orgasmo maravillosamente largo.

Me abandono sobre la cama, intentando recuperar la respiración, sorprendida de la facilidad que esta chica ha tenido para conseguir que llegue al clímax, mientras ella besa con delicadeza mis labios, dejándome percibir el sabor de mi excitación sobre los suyos.

—¿Te ha gustado?—pregunta en un tono de voz delicioso.

No le contesto, pero espero que mi gesto cerrando los ojos y dejando escapar una gran cantidad de aire para morder más tarde mi labio inferior, le deje claro que ha sido sublime.

Una vez que recupero la respiración, la giro sobre la cama colocándome sobre ella para besar sus maravillosos pezones, que se endurecen al instante nada más sentir mi lengua sobre ellos. Lidia vuelve a sus suaves gemidos continuos que me provocan un estado de excitación asombroso mientras mi mano derecha se va deslizando por su costado hasta colarse entre sus piernas.

Recorro sus pliegues sorprendiéndome de lo húmeda que se encuentra ya, tanteando la entrada de su vagina y arrancando esos deliciosos gemidos que me hacen enloquecer.

Mientras beso sus pechos, penetro con dos de mis dedos su interior, recorriendo la delicada piel mientras observo su rostro en un intento de adivinar los puntos que le producen un mayor placer.

Abandonando sus pechos, decido concentrarme en su sexo y, al acercarme más, percibo el olor de su excitación. Con la mano libre, presiono su clítoris mientras la sigo penetrando, lo acaricio de arriba abajo, para luego hacerlo de lado a lado al ver que la estimulación es demasiado para ella, rompiendo el ritmo con pequeños círculos de vez en cuando.

Lidia eleva sus caderas en una sinfonía de gemidos y jadeos, pidiendo, suplicando, que no me detenga, observo sus piernas temblar y su estómago contraerse de placer hasta que, tensando los músculos de la espalda, se deja caer sobre el colchón entre largos suspiros y pequeños espasmos.

Me tumbo junto a ella, saboreando en mis dedos el sabor de su sexo; ambas satisfechas, pequeñas gotas de sudor rodando por mi espalda mientras retiro un mechón de pelo de su frente y lo coloco tras su oreja antes de besarla.

Permanecemos un buen rato abrazadas sobre la cama, cubriéndonos de caricias y besos, tratando de sacarle con disimulo toda la información posible sobre el Colmillo negro.

Para mi desgracia, desconoce por completo todo lo que se cuece en ese local. Está bastante perdida y simplemente sabe que lo frecuenta gente de mucho dinero y que, de vez en cuando, se mantienen reuniones de algún tipo en las salas privadas. Reuniones propiciadas por una tal Kim que es quien la contrató y que, por la descripción, parece la mujer asiática que he visto cuando salíamos acompañando a Big Tony.

Prefiero no presionar porque eso solo significaría ponerla en peligro en el caso de que un día se enteren de quién soy. De igual modo, y por mucho que me apetezca, es mejor no volver a quedar juntas. Aunque sea solo sexo, y del bueno, cuanto menos la puedan relacionar conmigo, mucho mejor, espero que pronto encuentre un trabajo en un sitio menos peligroso.

Capítulo 6

ALICIA

Intento cerrar los ojos mientras los primeros rayos de sol se cuelan por mi ventana. Joder, me va a estallar la cabeza, busco a ciegas, palpando con la mano por toda la mesita alguna pastilla de ibuprofeno que me quite el dolor, debo dejar de mezclar tanto por la noche.

Me estiro perezosa entre bostezos y, al abrir los ojos, observo que Lidia ya no está. Las sábanas todavía huelen a ella y a sexo, pero la zona de la cama en la que dormía está fría. Seguramente se habrá marchado hace un buen rato.

Me levanto desnuda y camino por el apartamento hasta la cocina a prepararme un café bien cargado antes de ponerme a funcionar. Las ocho de la mañana, me gustaría llamar algo más tarde a Bill, cuando terminen las reuniones tácticas de primera hora. No tengo ni una sola pista sobre la chica desaparecida y, si es cierto que la han secuestrado, cada hora que transcurre significa menos probabilidades de rescatarla con vida.

Sobre la nevera, observo una nota de Lidia, pegada con uno de los imanes que se encuentran en la puerta del frigorífico. A Cat también le gustaba utilizarlos para dejarme notas, yo nunca les he encontrado mucha utilidad.

La combinación de café solo e ibuprofeno ayuda bastante y, sobre las ocho y media, cuando entro en la ducha, el dolor de cabeza es solamente un recuerdo. Dejo que el agua a presión caiga sobre mi nuca, relajando mi espalda mientras pienso que es una pena no volver a quedar con la chica de anoche, recordándome una y otra vez que no puedo ponerla en peligro. A veces, mi trabajo es una putada.

Tras la larga ducha, visualizo las grabaciones de la cámara que he instalado enfocando a la puerta del Colmillo negro. Hora tras hora, una continua procesión de gente guapa y bien vestida entrando y saliendo del local, con los gorilas de la entrada sin perder ni un solo detalle, bien enseñados. Lo único interesante es la mujer asiática que estaba ayer por la noche junto a Big Tony, la que Lidia decía que se llamaba Kim. Cada vez que alguien medianamente importante de alguna organización entra en el local, ella aparece a su lado.

Tumbada sobre la cama, intento escuchar algo de música mientras mato el

tiempo hasta las diez de la mañana que decido llamar a Bill McGrath, mi superior, aprovechando que a esa hora ya estará en su despacho tras terminar las reuniones. Es la única persona en la que confío plenamente dentro del trabajo; por más que Bill insista, me cuesta confiar en los compañeros y mucho menos en mis superiores. Aquella emboscada en la que Cat perdió la vida me ha dejado bastante tocada.

—Bill, soy Alicia—indico en cuanto descuelga el teléfono—¿puedes hablar?

—Adelante, Alicia, estoy solo en el despacho—replica Bill al otro lado de la línea.

Es una suerte que tenga un despacho bien insonorizado, porque en la zona de trabajo en la que se encuentra mi mesa, cualquier conversación puede ser escuchada por los demás compañeros, una situación ideal para un soplón.

—He estado preguntando con disimulo por la chica desaparecida, pero nadie parece saber nada o no quieren decirlo—comunico decepcionada.

—Era de esperar, ¿has visto algo interesante?—inquiere mi superior.

—Ese local es una tapadera maravillosa, Bill—admito con un pequeño bufido—entre tanta gente pija bebiendo, bailando y pasándoselo bien, se mezclan componentes de varias organizaciones que pasan totalmente desapercibidos. Anoche he podido ver a Big Tony, de Nueva Jersey, no sé qué negocios puede tener por Chicago.

—Prepara una lista con la gente que hayas podido reconocer o, al menos, las organizaciones, y me la envías a mi correo privado. De todos modos, como bien sabes, nada podemos hacer con eso, salvo seguirlo de cerca. No es ilegal que circulen libremente y se reúnan con quien quieran y donde quieran mientras no pese sobre ellos alguna orden de busca y captura—me recuerda Bill casi a modo de disculpa.

—Hay una pista que quizá me pueda aportar algo de luz sobre la chica desaparecida, me gustaría intentarla esta noche—le anuncio solicitando su permiso.

—Tú dirás.

—En el local hay una mujer asiática que responde al nombre de Kim. Parece tener muy buenas relaciones con mucha gente, la he visto en compañía no solo de Big Tony, también de capitanes de varias organizaciones y me gustaría intentar hablar con ella—comunico tragando saliva, no solo por lo peligroso que puede ser, sino también porque soy consciente de que, salvo que le gusten las mujeres, lo tendré muy difícil simplemente para conseguir acercarme a ella.

—Adelante, pero ten mucho cuidado, confío en tu buen juicio—responde Bill —. ¿Has visto a algún capo además de Big Tony o solo capitanes?

—Capitanes de varias organizaciones y muchos jóvenes soldados con ganas de pasarlo bien. El único importante que he visto es a Big Tony, pero tendré los ojos bien abiertos y mantengo las grabaciones las veinticuatro horas del día sobre la puerta del local—agrego antes de terminar la llamada.

No sé por qué, en mi departamento utilizamos la denominación de los italianos para la jerarquía de todas las bandas; capo, capitán y soldado, aun sabiendo que en otras organizaciones no la usan. Supongo que es una manera de simplificar el lenguaje con una denominación que nos indique claramente la importancia que tiene cada individuo en la jerarquía.

Tras preparar el informe, dedico un par de horas a hacer ejercicio. En los días en los que estaré de incógnito con esta misión no puedo pisar el gimnasio, así que me tengo que apañar con el peso de mi propio cuerpo para los ejercicios, ayudada de una barra de dominadas de esas que se cuelgan en el marco de la puerta.

Todavía no he recuperado la forma que tenía en la época en la que formaba parte de los Navy Seals, si bien todos los músculos vuelven a marcarse en mi cuerpo, incluidos los abdominales, y estas sesiones de trabajo físico, aunque sean tan solo de dos horas y caseras, me van ayudando a volver a ser la que era. Seguramente, si dejase el alcohol, el avance sería mucho más rápido, pero eso es complicado.

Esta noche toca volver al Colmillo negro y arriesgar un poco más intentando hacer contacto con la misteriosa mujer asiática. Si no lo consigo, o si no soy capaz de sacarle información sobre la chica desaparecida, me temo que su suerte está echada sin que podamos hacer gran cosa para evitarlo.

Capítulo 7

KIM

El jet privado de Big Tony despega desde un pequeño y discreto aeropuerto rumbo a Atlantic City en Nueva Jersey, donde debe supervisar el funcionamiento de sus dos casinos. Se ha marchado muy contento con el negocio que he facilitado a su familia con los Kosovares, y el pellizco para mi cuenta bancaria en Bermudas ha sido más que suculento.

Ya en el Colmillo negro, pido en la barra una cerveza sin alcohol y aprovecho para relajarme antes de la carrera de esta noche. Cada vez estoy más enganchada a las carreras nocturnas de motocicletas de gran cilindrada, y estoy segura de que las modificaciones que le hemos preparado la pasada semana a mi Kawasaki Z H2 R se van a notar.

Mientras apuro el último trago de la cerveza, observo de nuevo a esa mujer morena de cuerpo atlético que me clava los ojos desde el otro lado de la barra. No se molesta en disimular lo más mínimo, pero no me atraen las tías que van de depredadoras. Ayer la vi saliendo del local con Lidia, la rubia aspirante a modelo de la barra principal, una chica preciosa, aunque conmigo no le va a resultar tan sencillo salvo que a mí me interese.

Transcurre casi una hora y, en vista de que sus miradas seductoras no hacen efecto, la atlética morena decide acercarse. Eso es justo lo que quería, tras el subidón de adrenalina que me producen las carreras de motos, nada me apetece más que un buen polvo y esta chica me parece una excelente candidata, aunque al menos tiene que currárselo un poco más y no solo con miradas. No puede esperar que yo sea la que dé el paso solo porque me ponga ojitos desde el otro lado de la barra.

—¿Puedo invitarte a algo?—pregunta la morena sentándose a mi lado.

—Soy una de las dueñas del local, no pago las consumiciones, pero gracias por el interés—le contesto tratando de aguantar la risa.

Se disculpa con educación, aunque no parece que le haya afectado demasiado y pide una cerveza sin alcohol para mí y otro gin tonic para ella. En las distancias cortas es aún más impresionante que de lejos, lleva puesta una camiseta negra que deja al descubierto sus brazos y buena parte de los hombros,

dejando ver unos músculos bien definidos que me parecen de lo más sexy.

Lo de la bebida puede ser un problema, es su segundo gin tonic que yo haya visto y, si quiero llevarla en la moto, prefiero que se pueda mantener bien en pie o las dos nos iremos al suelo en la primera curva cerrada.

Iniciamos una animada conversación antes de que me quiera dar cuenta, aunque estoy más interesada en su boca que en las palabras, tiene una sonrisa preciosa. Me cuenta que trabaja como comercial en una *start up* tecnológica relacionada con algún tipo de aplicación informática que ni entiendo ni me interesa demasiado, aunque finja que lo hace.

En cuanto se suelta, es una chica muy simpática, con unas manos muy bonitas que no pueden estarse quietas, tan pronto juegan con el vaso o con cualquier cosa que haya sobre la barra, como te tocan el brazo, y esos dedos tan largos pueden hacer maravillas en cierto sitio que yo me sé.

—¿Te estoy aburriendo?—pregunta de pronto—. Miras la hora constantemente.

—Lo siento, tengo que ir a otro sitio a las doce y es importante, no se me puede pasar—me disculpo con una sonrisa.

—¿Es algún sitio secreto?—insiste ladeando la cabeza y dedicándome una mirada que podría derretir el mismísimo Polo Sur.

Me parece una mujer demasiado curiosa, es la única pega que le veo. Hace muchas preguntas sobre mi vida personal y, al ver que las ignoro o cambio de tema, a veces insiste. Una lástima, porque yo no soy la persona idónea para contarle mi vida. En condiciones normales, supongo que aquí se acabaría la cosa, lo último que necesito es una mujer curiosa, y seguramente cotilla, a mi lado. Sin embargo, esta chica tiene algo que me atrae una barbaridad y ya me he hecho a la idea de acabar con ella en la cama tras la carrera. No es cuestión de ponerse a buscar a otra con tan poco tiempo.

—¿Te gustan las motos?—pregunto elevando las cejas e interrumpiendo nuestra conversación.

—Me encantan, sobre todo las de gran cilindrada—responde ante mi sorpresa con brillo en los ojos.

—En el sitio al que debo habrá muchas. Te pediría que me acompañases, pero no es del todo legal—dejo caer con naturalidad como intentando restarle importancia.

—No tengo ningún problema con eso—responde de inmediato, quizás demasiado de inmediato.

Sus ojos se han iluminado, como si estuviese deseando saltarse la ley o quizá sea que le gustan mucho las motos, no lo sé, pero ha sido una respuesta extraña, casi no me había dado tiempo a terminar la frase y ya tenía la contestación.

—Bueno, tampoco te pienses que vamos a pegarnos con una banda de mafiosos o atracar un banco, es solamente una carrera de motos nocturna, aunque sin permisos—le explico rebajando la tensión—. ¿Estás segura de que quieres venir? No suele haber problemas, pero aun así, debo advertirte.

De nuevo, asiente con la cabeza, visiblemente emocionada ante lo que le propongo. Creo que ya tengo plan para esta noche.

ALICIA

Entro en el Colmillo negro casi en cuanto abre sus puertas, tratando de evitar a toda costa los ojos de Lidia, que me mira extrañada desde detrás de la barra principal, aunque no hace ningún ademán de insistir, cosa que le agradezco.

Mi objetivo principal es hacer llegar hasta la mujer asiática que parece tener tan buenos contactos con las distintas organizaciones de delincuentes. Si no soy capaz de recabar información de ella, creo que nuestra capacidad de seguir investigando se verá muy mermada. Y tengo que hacerlo rápido, el tiempo apremia y cada hora que pasa puede ser una hora menos de vida para la chica que estamos buscando.

Eso, en el caso de que haya sido secuestrada, claro, porque a mí sigue sin cuadrarme su perfil en un caso de secuestro en el que no piden rescate, salvo que las cosas hayan salido rematadamente mal desde el principio y ya esté muerta.

La pista de la trata de blancas, tendré que seguirla porque son órdenes directas de mis superiores y no me queda otro remedio, pero el objetivo de esas bandas son chicas por las que nadie va a mover un dedo, no la sobrina de un senador y rica heredera de una empresa farmacéutica. Por si eso fuera poco, nada parece indicar que los de Sinaloa hayan ampliado sus intereses fuera del tráfico de drogas, esa hipótesis no me cuadra.

Por fin aparece la tal Kim en una de las barras, menos mal porque ya estoy alargando el gin tonic todo lo que puedo y no quiero terminar como ayer por la noche, mezclando demasiado y con dolor de cabeza. Hoy tengo que estar muy fresca porque podría resultar peligroso en algún momento. Es una mujer preciosa, no sabría decir de qué país proviene, posiblemente de alguno del sudeste asiático, pero tiene un cuerpo de infarto.

Desde mi extremo de la barra, le dedico una mirada tras otra haciéndole ver que estoy interesada en conocerla, desprendiéndome como puedo de varios tíos que vienen a intentar ligar conmigo ignorando que no tienen ninguna opción.

Joder, no hay manera de hacerla reaccionar, nuestros ojos se encuentran en varias ocasiones pero no me dedica ni una mísera sonrisa, o es completamente hetero o definitivamente no soy su tipo. En vista de que las miradas no

funcionan, decido ir mucho más directa y acercarme a ella. Al menos, si es hetero, espero ser capaz de entablar una conversación.

—¿Puedo invitarte a algo?—pregunto sentándome a su lado.

—Soy una de las dueñas del local, no pago las consumiciones, pero gracias por el interés—contesta divertida.

Esa respuesta es música para mis oídos, es justo lo que quería escuchar, si ella no tiene la información que necesito, será muy difícil que la pueda conseguir de otra fuente.

Le pido disculpas dibujando mi mejor sonrisa en la boca y solicito a la camarera una cerveza sin alcohol para ella, en vista de que ya ha terminado la que estaba bebiendo, y otro gin tonic para mí, haciendo ademán de pagar mi consumición, aunque la camarera no me acepta el dinero.

Haciéndome pasar por comercial de una empresa tecnológica, pronto entablamos conversación y sus miradas me hacen entender que puede tener cierto interés más allá de la charla. Mientras hablamos, acaricio de vez en cuando su brazo derecho de manera inocente, flirteando con ella al tiempo que dejo caer una pregunta tras otra tratando de sonsacarle alguna información.

Sin embargo, la tal Kim, trae la lección bien aprendida y no hay manera de tirarle de la lengua. Cada vez que le pregunto algo personal o comprometedor haciéndome la tonta, desvía la conversación o, directamente, me ignora.

Incluso su lenguaje no verbal es contradictorio; por un lado, está entrando descaradamente en el flirteo, mostrando un claro interés en mí, aunque al mismo tiempo, mira constantemente su reloj como si estuviese aburrida.

—¿Te estoy aburriendo?—pregunto confusa al ver que dedica más atención al reloj que a mis tetas—. Miras la hora cada poco.

—Lo siento, tengo que ir a un sitio a las doce y es importante, no se me puede pasar—se disculpa la misteriosa mujer con una sonrisa.

—¿Es algún sitio secreto?—insisto ladeando la cabeza y dedicándole mi mirada más seductora.

—¿Te gustan las motos?—pregunta de pronto elevando las cejas.

—Me encantan, sobre todo las de gran cilindrada—respondo sorprendida.

—En el sitio al que debo ir habrá muchas. Te pediría que me acompañases, pero no es del todo legal—admite con total naturalidad.

—No tengo ningún problema con eso—respondo de inmediato como si se me acabasen de abrir las puertas del cielo.

—Bueno, tampoco te pienses que vamos a reñir con una banda de mafiosos o atracar un banco, es solamente una carrera de motos nocturna, aunque sin permisos—me explica rebajando la tensión—. ¿Estás segura de que quieres venir? No suele pasar nada, pero debo advertirte.

Intento disimular, asintiendo con la cabeza como si estuviese ilusionada por cometer una travesura, pero esto podría ser mi gran oportunidad de recabar información. Mi superior me ha dejado bien claro que confía en mi buen juicio a la hora de hacer la vista gorda ante situaciones ilegales o incluso participar en ellas y tengo muy claro que acompañarla a una carrera de motos no genera un gran conflicto de intereses ante la oportunidad que me brinda.

Lo que tengo menos claro es otro conflicto de naturaleza muy diferente. La tal Kim, cada vez muestra un mayor interés en mí, y lo cierto es que en condiciones normales me iría a la cama con ella sin pestañear a la primera ocasión que me brindase. Sin embargo, no sé hasta qué punto es ético acostarme con ella sabiendo que es la principal pista que tengo sobre el supuesto secuestro, supongo que no mucho. Complicará la operación en el caso de que ella esté implicada y acabemos en un juicio. Qué mierda, joder, es la historia de mi vida, siempre se me tuercen las cosas.

Capítulo 8

ALICIA

Tras Kim, salgo del Colmillo negro hacia una moto de gran cilindrada que se encuentra aparcada en un garaje cercano. En el fondo de mi corazón, la esperanza de que la noche me pueda proporcionar alguna pista para encontrar a la chica desaparecida.

—Has montado más veces de paquete en una moto, ¿verdad?—pregunta Kim mientras me acerca un casco.

—Sí, tranquila, muchas veces, y tengo una moto grande, aunque no de tanta cilindrada—reconozco al observar una impresionante Yamaha R1M de mil centímetros cúbicos que cuesta más de lo que ganan la mayoría de las personas en un año.

—Estoy muy contenta con ella—admite Kim deslizando la mano por la carrocería con una sensual caricia—pero ya verás con la que corro, es aún más rápida.

—¿Tú corres?—pregunto alzando las cejas con sorpresa.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Solo pueden correr los hombres?—pregunta haciendo una mueca.

—Simplemente me ha sorprendido, te acabas de convertir en mi ídolo—admito con una sonrisa.

Meneando la cabeza divertida, Kim se monta en la moto indicándome que me coloque detrás de ella y me agarre fuerte. Con un suave ronroneo del motor, la motocicleta se pone en movimiento saliendo del garaje lentamente antes de incorporarse al tráfico.

Kim conduce con cuidado, como no queriendo atraer una innecesaria atención antes de llegar a la carrera, supongo que bastante subidón de adrenalina va a tener dentro de un rato. Dirige la moto hacia las afueras de la ciudad, paralela al lago, hacia la zona del East Side, mientras yo aprovecho para sujetarme a su cintura, pegando mi cuerpo al suyo, sintiendo esa sensación de libertad que la enorme motocicleta nos proporciona, con el frío aire de la noche de Chicago

cortando mi rostro.

En poco más de media hora llegamos a una explanada donde se juntan al menos doscientas o trescientas motos, la mayor parte de ellas muy grandes. Bandas de moteros admiran aquellas que se salen más de lo común, mientras otros se dedican a hacer caballitos o trompos causando la algarabía de los allí presentes.

Kim dirige su motocicleta hacia una zona algo más apartada en la que se encuentran una serie de remolques y furgonetas. Está protegida por unos gorilas con pinta de que te podrían arrancar la cabeza sin pestañear, que le abren paso con un movimiento de cabeza a modo de saludo.

Cuando descendemos, me lleva hasta una preciosa e imponente Kawasaki Z H2 R, explicándome que es la moto con la que tomará parte en la carrera.

—Mil centímetros cúbicos, cuatro cilindros en línea equipados con un compresor que la hace subir hasta los 310 caballos de potencia, trescientos veintidós kilómetros por hora de velocidad máxima sin modificar. Saldría volando si los retrovisores no hiciesen de alerones para pegarla al asfalto— afirma Kim orgullosa.

Me quedo sorprendida ante los datos que me acaba de suministrar, si la moto en la que llegamos hasta aquí prácticamente podría competir en un circuito, esta es un auténtico avión.

—¿Se puede utilizar cualquier motocicleta en la carrera?—pregunto con curiosidad.

—En estas carreras no. Tiene que ser una moto de serie, con papeles para poder circular por la calle, aunque eres libre de modificarla luego como te plazca. A esta, por ejemplo, le hemos puesto unos cuantos cambios durante las últimas semanas para mejorar el rendimiento en la carrera.

Respiro hondo, asintiendo con la cabeza y esperando en lo más profundo de mi ser que mi mejor pista no se estrelle contra un muro, porque cualquier accidente a esa velocidad logrará que la recojamos en trocitos.

Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos se abren las apuestas, el dinero cambia de manos en cantidades más que importantes, y se ultiman los

preparativos. Según me indica uno de los mecánicos que trabaja para Kim, cada motocicleta lleva una cámara que graba el recorrido y lo transmite a una web que han montado específicamente para la prueba y que permite el seguimiento.

Encogiéndose de hombros, me explica que también disponen de dos drones que siguen a las motos grabando imágenes de la carrera, aunque no siempre funcionan.

Kim se asemeja a un témpano de hielo. Imagino lo que debe estar pasando por su cabeza, seguramente algo similar a lo que sentíamos antes de cada misión en el Golfo o en Afganistán. Ese nerviosismo, ese subidón de adrenalina que hace que cada uno de tus sentidos se agudicen hasta el punto de que no pareces humana. Y, si su cuerpo reacciona como el mío o el de Cat, al terminar la carrera buscará desahogar la tensión con una buena sesión de sexo.

Supongo que ahí es donde piensa que encajo yo, aunque sigo sin tener nada claro si quiero dar o no ese paso, muy ético no me parece. Joder, apetecer, me apetece un montón, todo esto de que participe en la carrera de motos me excita y, he de reconocer que la chica está buenísima, tiene un punto de exotismo y de peligro que me pone a cien.

Las imágenes que recibimos de las cámaras que lleva cada moto son espeluznantes; sigo la carrera por la cámara de Kim con el corazón en un puño, observando cómo esquiva por milímetros, a una velocidad endiablada, cada obstáculo que se cruza en su camino en forma de las otras motos o de algún inocente conductor o peatón que tiene la mala suerte de circular por allí y al que, a buen seguro, le habrán provocado un infarto.

No sé cuánto gana en cada carrera, aunque estoy casi segura de que no lo hace por dinero, porque se juega literalmente la vida en cada curva. Supongo que necesita el subidón de adrenalina que le proporciona el peligro extremo, su cuerpo está tan acostumbrado al riesgo que necesita experimentar este tipo de sensaciones cada cierto tiempo.

Me gustaría que Kim hubiese ganado la carrera, y durante un tiempo parecía que así sería, pero un pequeño fallo en la trazada de una de las últimas curvas hace que cruce la meta en cuarta posición. Aun así, he de reconocer que se me escapa un suspiro cuando la veo llegar de una pieza hasta los improvisados boxes.

Una vez que llegan todas las motos y nuevamente el dinero cambia de manos, todo parece transcurrir a toda velocidad. La multitud se disuelve y, en un pestañeo, se esfuman las motos dando la impresión de que allí no ha ocurrido nada.

—¿Te ha gustado?—pregunta Kim desprendiéndose de su casco y empujándome contra una de las furgonetas.

—Mucho, he de reconocer que ha sido hasta excitante—admito asintiendo con la cabeza y mordiendo mi labio inferior.

Antes de que pueda continuar hablando, Kim rodea mi nuca con su mano derecha y me planta un beso que me deja sin respiración. Besa mis labios con pasión, como si fuese lo último que va a hacer en su vida, con un deseo que estoy segura de que, si no estuviésemos rodeados de gente, me quitaría la ropa y me follaría aquí mismo.

No puedo decir que no me guste, normalmente, soy yo la que lleva las riendas, pero ahora mismo no me importa en absoluto, esta chica me ha puesto a cien en un momento, y esa fogosidad logra que me recorra un cosquilleo desde mi sexo hasta el vientre que me hace enloquecer de deseo.

Capítulo 9

ALICIA

Olvidándome de la parte ética, acompaño a Kim a su casa para pasar la noche con ella, es la mejor manera que se me ocurre de seguir la pista de la chica desaparecida, y supongo que el fin justifica los medios. Eso y que necesito un cambio urgente de bragas tras su ataque de fogosidad contra la furgoneta cuando terminó la carrera.

Llegamos en la motocicleta a un pequeño chalet en una de las zonas más caras de la ciudad, con una coqueta piscina rematando un jardín cuidado con esmero. Si esta chica acaba en la cárcel va a echar mucho de menos el estilo de vida que lleva.

Nada más entrar en la vivienda, me empuja de nuevo contra una de las paredes, presionando su cuerpo contra el mío, haciéndome temblar al sentir su cálida mano colarse por debajo de mi camiseta, logrando que por unos momentos se me olvide hasta lo que estoy haciendo aquí.

—Me gustaría atarte a la cama—susurra junto a mi oído en la voz más sensual que he escuchado jamás.

Joder, se me erizan los pelos de la nuca solo de escucharla, yo estoy acostumbrada a ser muy dominante en el sexo, pero esta noche estoy dispuesta a hacer una excepción y probar todo lo que Kim decida ofrecerme.

—Está bien, me fio de ti—le aseguro entre suspiros.

No me responde, simplemente apoya su frente sobre la mía, colocando sus manos abiertas a ambos lados de mi cara y permanece así durante unos minutos, respirando profundamente, tan excitada como yo hasta que, de la mano, me lleva hacia su dormitorio.

Con los dedos entrelazados, subimos una escalera rodeada de cuadros con motivos étnicos y llegamos a una amplia habitación en la que destaca una cama de un tamaño considerable con un precioso cabecero de forja.

—Desnúdate—dispone sin abandonar la sensual voz mientras ella comienza a quitarse la ropa muy despacio.

Observar su cuerpo mientras se desviste iluminada solamente por la luz de la luna representa una escena de un erotismo maravilloso. Kim me mira de arriba abajo con deseo, mordiendo su labio inferior, su pecho hinchándose con cada respiración, excitada, anticipando lo que hará a continuación.

—Túmbate boca arriba sobre la cama—ordena una vez que ambas estamos completamente desnudas.

Me dejo caer sobre el colchón, apoyando la cabeza en la almohada al tiempo que observo el precioso cuerpo desnudo de Kim mientras busca algunas cosas en su armario.

Joder, es maravillosa. Lidia, la aspirante a modelo tras la barra principal del Colmillo negro, era prácticamente perfecta, pero carece del atractivo salvaje de esta mujer. Es algo que no sabría definir, una atracción primaria que está consiguiendo que sienta un cosquilleo desde mi sexo hasta el bajo vientre casi doloroso.

Tras rebuscar en uno de sus cajones, vuelve con unas esposas de cuero negro y una venda de seda para los ojos. Respiro profundamente, dejando que mis pulmones se llenen de aire para, más tarde, dejarlo salir lentamente pensando en lo que me espera a continuación.

Kim me coloca con delicadeza las esposas sobre las muñecas, atándolas al cabecero de forja y colocando la tela de seda negra en mis ojos asegurándose de que no sea capaz de ver nada.

La privación de la vista agudiza el resto de mis sentidos, escucho sus movimientos, noto cómo se hunde el colchón cuando se acerca a mí, percibo su olor.

Desliza la yema de sus dedos a lo largo de mis costillas dibujando patrones imaginarios casi a cámara lenta, haciéndome suspirar cuando sus dedos rozan el lateral de mis pechos. Escucho su respiración acelerarse al sentir sus manos recorrer su contorno, haciendo suaves círculos sobre mi areola sin rozar mis pezones, leves y sutiles caricias como si de una pluma se tratase.

Mi cuerpo tiembla de excitación, se estremece dejando escapar largos suspiros y suplicando en mi interior que los toque, que los pellizque entre sus dedos. Tenso los músculos de la espalda sintiendo la tirantez de las esposas en mis

brazos al hacerlo.

Kim prosigue con su exquisita tortura sexual, sus dedos dibujando mi clavícula antes de recorrer mi cuello y arrancar un suave gemido de mi boca.

Ladeo la cabeza para ofrecérselo, deseo que lo bese, que lo recorra con la punta de su lengua, que lo muerda. En cambio, solamente guía dos de sus dedos sobre mi piel antes de deslizarlos por la mandíbula desde más atrás del lóbulo de mi oreja hasta los labios.

Respiro con fuerza con la boca entreabierta deseando que esos dedos se introduzcan en mi boca, arqueo la espalda sintiendo las esposas, gimo de desesperación y deseo maravillada por el sublime placer que me está proporcionando.

Cuando por fin los introduce en mi boca, los chupo como si mi vida dependiese de ello, incapaz de comprender por qué el simple hecho de chupar unos dedos está logrando que me excite de esa manera.

—Abre las piernas—ordena alejándose de mí para situarse al otro lado de la cama y arrancar de mi garganta un fuerte gemido sin necesitar siquiera tocarme.

Tiemblo de anticipación separando las piernas, elevando las caderas para ofrecerle mi sexo entre suspiros. Sus cálidas manos acarician mis tobillos deslizándose hasta los gemelos, su cuerpo acercándose hasta que mi pie izquierdo roza su sexo y percibe su humedad.

Joder, esta mujer va a conseguir que me vuelva loca en una sola noche. El tiempo parece haberse detenido, ha dejado de correr para abandonarme a mis sentidos saturados de deseo.

Cuando se inclina sobre mí y sopla a milímetros de mi clítoris ya no puedo más; grito, jadeo, le suplico que me folle, que recorra mi sexo con su lengua hasta hacerme enloquecer. Jamás en toda mi vida había sentido nada igual, esa lentitud embriagadora, ese roce sutil de sus dedos, las esposas, la venda, han conseguido que mi cuerpo se vuelva loco con cada caricia.

Abro más las piernas y elevo las caderas hasta que mi sexo encuentra su boca y la calidez de sus labios me hacen gritar. Kim no espera más y su lengua recorre la entrada de mi vagina desde abajo hasta detenerse en mi clítoris. La mueve de

lado a lado, lo lame, lo presiona apagando sus suaves gemidos sobre él mientras siento una tormenta formarse en mi interior.

Mis piernas tiemblan al sentirla, roza mi clítoris con sus labios, su lengua, su barbilla haciendo que pierda la consciencia de dónde estoy y, cuando por fin sus dedos me penetran, apenas necesita esfuerzo alguno para sacar de mi interior un largo e intenso orgasmo entre gemidos de placer.

—¡Joder!—exclamo dejándome caer sobre la cama todavía con pequeños espasmos mientras intento recuperar la respiración.

—¿Te ha gustado?—inquiere Kim satisfecha mientras deshace el nudo de la venda que tapa mis ojos y me libera de las esposas.

—Supongo que no hace falta que te conteste—suspiro cerrando los ojos y abandonándome al placer que sus pequeños besos me proporcionan tras el maravilloso orgasmo que me acaba de regalar.

—Me encanta tu cuerpo—exclama Kim recorriendo con la yema de uno de sus dedos mi brazo derecho con una suavidad abrumadora—. Imagino que vas mucho al gimnasio, porque no creo que estar tan en forma sea importante para tu trabajo de comercial.

Sonrío ante su comentario, asintiendo con la cabeza sin darle explicaciones. Tengo muy bien trabajada mi tapadera, pero siempre es bueno tratar de dar el menor número de datos posibles, vale más quedar de misteriosa y paranoica con tu intimidad que cometer un error y que te acaben pillando.

Girándome sobre la cama, observo su cuerpo desnudo. Es una mujer impresionante, sus pequeños pezones oscuros rematan unos pechos tan sencillamente maravillosos que te invitan a acariciarlos hasta el día del juicio final.

Cat también era de ascendencia asiática, en su caso coreana, aunque sus pezones eran muy diferentes. Joder, Cat, no consigo sacarla de mi cabeza ni estando en la cama con otra mujer. Nunca me he sentido tan a gusto como cuando estaba a su lado, habíamos nacido para encontrarnos, para estar juntas y aquella maldita emboscada me la arrebató para siempre.

Aquel día, una parte de mí se fue con ella, cada gota de sangre que se

escapaba de su cuerpo se llevaba un trozo de mi alma. Su muerte me dejó vacía, convertida en una mujer cínica, sin un rumbo fijo que seguir, llena de fantasmas interiores que no me abandonan ni de día ni de noche, sin una meta.

—¿En qué piensas? Te has puesto muy seria—interrumpe Kim devolviéndome a la realidad.

—En que tienes los pechos más bonitos que he visto nunca—contesto dibujando un suave círculo sobre su areola.

—Teniendo en cuenta que ayer por la noche has estado con Lidia, eso es un cumplido muy grande—replica Kim alzando las cejas.

Escuchar su comentario me deja de piedra. No esperaba que nadie se enterase de que habíamos estado juntas, su seguridad es primordial y lo último que necesito es ponerla en peligro por un polvo de una noche.

—Tienes buen gusto, Lidia tiene un cuerpo impresionante y es muy buena en la cama—admite Kim con un seductor guiño de ojo—. Me gusta estar al tanto de todo lo que ocurre en el Colmillo negro.

—Ha sido solo un rollo de una noche en la que había bebido demasiado—me apresuro a aclarar intentando que se olvide de mi noche con Lidia cuanto antes.

—A mí no tienes que darme ninguna explicación, yo también he follado con ella, varias veces. Las dos somos mayorcitas para saber lo que queremos—explica Kim con naturalidad.

—Sigo pensando que tus tetas son mejores—interrumpo entre susurros besando uno de sus pezones y esperando que se olvide de la conversación, aunque sea temporalmente.

Al sentir mi cálida lengua sobre él, se pone duro como una pequeña piedra. Kim suspira cerrando los ojos, peinando mi cabello entre sus dedos al tiempo que tensa los músculos de su espalda de placer. Tiene unos pezones increíblemente sensibles, creo que nunca había estado con una mujer tan receptiva, algo que voy a disfrutar porque yo tengo una obsesión con los pezones que no es natural. Es la parte que más me gusta de una mujer con mucha diferencia.

Disfruto besándolos, haciéndola gemir y jadear hasta que, cuando mi mano se cuela entre sus piernas, ya está totalmente mojada. Introduzco un dedo en su interior dibujando suaves círculos mientras ella lo recibe con un pequeño grito, curvando de placer los dedos de sus pies.

A ese dedo se une el siguiente. La penetro con fuerza, sus suaves gemidos acompasados con el chapoteo de mis dedos cada vez que entran en su interior rompiendo el silencio de la noche. Joder, esos suaves y continuos gemidos en un tono muy bajo me hacen enloquecer.

Kim inclina la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados y eleva las caderas como queriendo buscar un mayor contacto. Cuando curvo los dedos hacia arriba presionando la parte superior de su pared vaginal, jadea de placer, tensa el vientre, sus piernas tiemblan hasta que, con un suave y largo gemido, se deja caer sobre la cama tras alcanzar un orgasmo.

Inspirando lentamente, se lleva ambas manos a las sienes con su boca entreabierta queriendo encontrar más aire, su pecho alzándose con cada profunda respiración mientras cubro su cuello de pequeños besos.

—¡Qué pasada de orgasmo!—exclama de pronto abriendo lentamente los ojos.

Nos quedamos un buen rato abrazadas, cubriéndonos de besos y suaves caricias, al tiempo que me voy quedando dormida pensando que es una pena que estemos en bandos diferentes, y que quizá he cruzado demasiado la línea de la ética acostándome con ella.

Capítulo 10

KIM

El sexo con Alicia tras la carrera de motos ha sigo la guinda que remata una noche perfecta. Tras el subidón de adrenalina que me proporcionan las carreras necesito sexo. Es así de sencillo, me convierto en un animal salvaje y preciso estar con una mujer para saciar ese deseo.

Ayer por la noche, Alicia me volvió loca. No solo tiene un cuerpo de infarto, bien tonificado como a mí me gusta, sino que demostró una extraña mezcla entre sumisión primero y agresividad más tarde que me hizo estremecer.

Ahora duerme a mi lado tras haber pasado una mala noche, muy inquieta por algún motivo, desnuda sobre las sábanas dibujando un cuadro de una sensualidad exquisita.

Al regresar a mi dormitorio tras prepararme un café, observo que se empieza a despertar. Se estira con pereza como si fuese una gata, abriendo poco a poco los ojos y cubriendo instintivamente su cuerpo desnudo con la sábana, regalándome una preciosa sonrisa al verme.

—¿Quieres un café?—le pregunto acercándome un poco más a ella.

Solamente sonríe y, negando con la cabeza, se apoya sobre una de mis piernas con los ojos aún cerrados en cuanto me siento en la cama, abrazándola con sus manos como si fuese una almohada.

—¿Has estado en el ejército?—inquiero acariciando su mejilla con el reverso de la mano.

Alicia abre los ojos con sorpresa y me clava la mirada sin decir nada, como preguntándose de dónde demonios he sacado esa información.

—Has tenido pesadillas—le explico—estabas muy inquieta y hablabas en sueños sobre una emboscada y unos disparos.

—He estado unos años en el ejército, pero nunca llegué a estar destinada en combate, me dedicaba a temas más bien administrativos, a saber de dónde habrán salido esos sueños, de alguna película—responde besando mi muslo.

—Yo nunca recuerdo los míos, así que en temas de sueños no te puedo ayudar —admito encogiéndome de hombros.

Nos tomamos el día con calma, entre arrumacos, besos y una maravillosa ducha juntas. Parece tener un interés muy grande tanto en mí como en mi trabajo en el Colmillo negro, solo espero que no sea una de esas mujeres que en cuanto te acuestas la primera vez con ellas ya se quieren mudar a vivir contigo.

Me alaga su interés, y más viniendo de un pedazo de mujer como ella, pero el tipo de vida que llevo no me permite tener una relación seria con nadie, al menos de momento. Mi trabajo, uniendo los intereses de las distintas organizaciones con el Colmillo negro como tapadera, es ya lo suficientemente peligroso, pero desde la desaparición de Sofía Bartow, está llegando a unos niveles en los que me planteo abandonar el país y mantener un perfil bajo lejos de aquí durante un tiempo.

Alicia, por su parte, parece muy interesada en pasar de nuevo la noche juntas, algo que como es obvio no le voy a negar, y ya he reservado cena para dos en el mejor restaurante tailandés de Chicago para que saboree nuestras especialidades.

ALICIA

Me despiertan los rayos de luz colándose a través de la ventana. Abro los ojos y me estiro con pereza disfrutando de la tranquilidad de esta zona, nadie diría que estuviésemos en una gran ciudad como Chicago. No se escucha ni un solo ruido de coches, solamente los pájaros en el jardín y el lejano ladrido de un perro rompen esa maravillosa tranquilidad.

Llevo la mano a mi muñeca sintiendo pequeñas molestias tras haber estado atada ayer por la noche, mi cuerpo no podía contenerse y, a veces, se me olvidaba que estaba esposada al cabecero de la cama. Joder, vaya noche, la chica esta es maravillosa.

He de reconocer que en absoluto me gustaba la idea de estar esposada al cabecero y mucho menos con los ojos vendados. No solo suelo ser siempre una persona muy dominante por lo que ese tipo de experiencias es una novedad para mí, sino que soy muy paranoica con mi seguridad.

Sin embargo, la experiencia de ayer ha sido una maravilla, algo que no me importaría repetir en absoluto, es más, lo repetiría todas las veces que ella quiera. Estar privada del sentido de la vista y esposada al cabecero consiguió que mi cuerpo estuviese mucho más receptivo que de costumbre, disfrutando de cada una de sus caricias como una adolescente a la que tocan por primera vez.

Como ya me esperaba que ocurriría, ahora no consigo quitarme de la cabeza el haber cruzado una barrera ética que quizá no debería de haber franqueado. Por mucho que haya disfrutado, no puedo mezclar lo personal con lo profesional y esta mujer, además de ser una delincuente, forma parte de mi investigación. Nunca debí haber mezclado ambas cosas.

En fin, “a lo hecho, pecho”, como decía mi padre. Solo espero que mi noche con Kim no acabe apareciendo en el sumario de un juicio porque me temo que mis días en el FBI estarían contados.

No sé qué planes tiene para hoy, aunque el mío es pasar el mayor tiempo posible con ella para intentar sacarle toda la información que pueda y, ya metidos en faena, si nos volvemos a acostar tampoco me importaría en absoluto, para qué voy a decir otra cosa. Una vez que he cruzado la línea roja, ya no me

importa el número de veces que vuelva a hacerlo.

Mientras me estiro con pereza, la observo entrar en el dormitorio vestida con un albornoz blanco y una taza de café dirigiéndose hacia la cama. Está preciosa.

—¿Quieres un café?—pregunta sentándose a mi lado.

Solamente sonrío, negando con la cabeza mientras la apoyo sobre una de sus piernas y cierro los ojos abrazándola como si fuese una almohada.

—¿Has estado en el ejército?—pregunta de pronto acariciando mi mejilla con el reverso de su mano.

Abro los ojos con sorpresa y busco su mirada preguntándome de dónde ha sacado esa información. No llevo en el cuerpo ningún tatuaje que me pueda delatar, de hecho, era la única persona de mi unidad que nunca llegó a hacerse uno, y las diversas cicatrices que recorren mi piel podrían ser de cualquier cosa.

—Has tenido pesadillas—me explica con naturalidad—estabas muy inquieta y hablabas en sueños sobre algo de una emboscada y unos disparos.

—He estado unos años en el ejército, pero nunca llegué a estar destinada en combate, me dedicaba a temas más bien administrativos, a saber de dónde habrán salido esos sueños, quizá de alguna película—respondo besando su muslo y disimulando lo mejor que puedo.

—Yo nunca recuerdo los míos, así que en temas de sueños no te puedo ayudar —admite Kim encogiéndose de hombros y haciendo gala de su preciosa sonrisa.

Joder, las putas pesadillas. Vuelven a mis sueños casi todas las noches sin que pueda hacer nada por evitarlo. Una y otra vez mi mente me traiciona recreando esa aciaga noche en la que Cat perdió la vida desangrada entre mis brazos. Todo por culpa de que alguno de mis superiores no se molestó en comprobar bien las fuentes de información.

Al menos, parece que Kim no continúa preguntando y se conforma con mi explicación. La ducha juntas que viene a continuación me convence de que no sospecha nada llevándome al paraíso entre sus manos. Esta mujer es sencillamente maravillosa, tengo muy claro que nunca tendré una relación como la que he tenido con Cat, pero creo que, en otro tipo de condiciones, me gustaría

pasar más tiempo con ella, aunque juguemos en bandos diferentes. Muy diferentes.

Por la noche, me lleva a cenar a un conocido restaurante tailandés de la ciudad donde el camarero que nos recibe se desvive en saludos hacia ella como si se dejase una fortuna todas las noches. Aunque, pensándolo bien, seguramente lo haga a juzgar por su ritmo de vida, o puede que hasta el local también le pertenezca, sería otra buena tapadera para sus negocios.

Nos sientan en un reservado como si fuese una cita. Mucho mejor así, porque de esa manera Kim estará más relajada y mis posibilidades de sacar algo de información sobre el paradero de Sofía Bartow, por pequeña que sea la pista, serán de seguro mayores.

Kim elige la cena por mí, es una mujer muy dominante que parece acostumbrada a mandar. De primer plato nos sirven algo llamado Kai Tod, unas alitas de pollo rebozadas con ajo y perejil acompañadas de una salsa que está para chuparse los dedos y, a continuación disfrutamos de un Pad Thai que me asegura que es el plato más conocido del país, aunque ellos no lo comen tanto. Se trata de un revuelto de fideos con langostinos o pollo, a elegir, con una suculenta salsa a base de tamarindo, azúcar de caña y cacahuetes. Igual de delicioso que el primer plato.

—Espero que te guste la cocina de mi país—añade orgullosa abriendo sus manos.

Y vaya si me gusta, ambos platos están suculentos, exquisitamente preparados, no me extraña que este restaurante tenga la fama que tiene, y el precio.

—Por tus rasgos, imaginaba que eras del sudeste asiático—le digo ensartando con el tenedor uno de los sabrosos langostinos—pero tu nombre me tenía un poco desconcertada.

—Mi nombre real es Yao Mao, en honor a la dama guerrera, pero cuando llegué a Estados Unidos de niña, me empezaron a llamar Kim, que en realidad es coreano. Supongo que para ellos es más fácil al ser también diminutivo de Kimberly, pero bueno, el caso es que me quedé con Kim como nombre—explica bajando la mirada como recordando algún suceso de su niñez.

—¿La dama guerrera?—pregunto sorprendida.

—Sí, es la heroína más importante de Tailandia. Mi padre era un fanático del Muay Thai y le pareció apropiado llamarme como la dama guerrera pensando que así me daría fuerza. Yao Mao era una mujer que vivía en la ciudad de Khorat, una plaza fronteriza que impedía las invasiones desde Laos. En el año 1826, el rey Anouvong invadió la zona aprovechando que una parte importante de la guardia se encontraba fuera de la ciudad y tomó a numerosos prisioneros, entre ellos a Yao Mao. No me gustaría aburrirte con las historias de mi país—interviene de pronto cogiendo mi mano entre las suyas.

—Me parece muy interesante, continúa, por favor—insisto con interés en saber cómo acabará la historia.

—Pues los guerreros invasores utilizaron a las mujeres como cocineras mientras sus maridos estaban prisioneros. Sin embargo, aprovechando que en la cocina tenían una buena cantidad de cuchillos, Yao Mao lideró una revuelta con el resto de las mujeres y consiguió asesinar a muchos de sus captores, liberando así a los hombres que estaban prisioneros. Reconociendo su valor, el rey Rama III le otorgó el título de *Thao Suranee*, la dama guerrera, y hoy tiene una estatua en el centro de la ciudad y un festival en su honor—explica acariciando el reverso de mi mano con su dedo pulgar.

—¿Has practicado Muay Thai entonces?—pregunto mitad por curiosidad y mitad por saber a lo que me puedo enfrentar si las cosas se tuercen—. Antes has dicho que tu padre era muy aficionado.

Ante mi pregunta, Kim baja la mirada y toma una gran cantidad de aire antes de soltarlo lentamente.

—Es una historia muy larga y algo triste—afirma cerrando los ojos con una muestra de dolor.

—No importa—le aseguro—era solo curiosidad, aunque quizá te haga bien contárselo a alguien.

—La familia de mi padre me enseñó Muay Thai desde que era muy pequeña, me entrenaba muy duro y me gustaba, llegué a ser campeona de Tailandia cuando era una niña—aclara encogiéndose de hombros.

—¿Luego lo dejaste?—pregunto acariciando su brazo.

—A los catorce años, tras fallecer mi padre, mi tío me obligó a competir en el circuito de peleas ilegales que está muy desarrollado por las apuestas. Aprendí técnicas mucho más peligrosas, alejándome en cierta medida del Muay Thai tradicional para acabar en los Estados Unidos con una organización criminal peleando hasta los veintitrés años. Fueron unos años muy duros y tengo unos cuantos huesos rotos para atestiguarlo—confiesa con los ojos humedecidos.

—Joder, lo siento, Kim, no tenía que haberte preguntado—reconozco con arrepentimiento.

—No pasa nada, por algún motivo que no acabo de comprender, me siento muy a gusto contigo. Como bien has dicho, a veces viene bien soltar lo que llevas dentro y contárselo a alguien—admite Kim intentando forzar una sonrisa.

Ante la sorpresiva revelación, ambas terminamos los postres en silencio, degustando un delicioso té casi sin hablar y abandonando el local cada una con sus pensamientos.

Mi sorpresa es mayúscula cuando, al ir a por la motocicleta para volver a su casa, escuchamos un coche que toma la curva a toda velocidad realizando varios disparos en nuestra dirección sin detenerse. Haciendo gala de una velocidad asombrosa, Kim me tira al suelo y cubre mi cuerpo con el suyo protegiéndome hasta que nuestros asaltantes desaparecen y volvemos a estar seguras.

Con el corazón desbocado, la observo sorprendida mientras nos levantamos, sin saber lo que ha ocurrido ni comprender lo que acaba de hacer. Mi mente incapaz de procesar el hecho de que una delincuente se haya jugado la vida por mí protegiéndome con su propio cuerpo.

Capítulo 11

ALICIA

Con su mano, Kim hace un gesto indicando que me quede agachada al tiempo que mira alrededor asegurándose de que el peligro ha pasado.

—¿Qué coño ha sido eso?—pregunto todavía asombrada de que nos acaben de disparar delante de un conocido restaurante.

—Vámonos de aquí cuanto antes, es mejor que hoy te quedes en mi casa, tiene muchas medidas de seguridad—es la única respuesta que recibo de ella mientras comprueba la motocicleta para asegurarse de que no ha recibido ningún impacto de bala.

—¿No sería mejor esperar a la policía?—pregunto para observar su reacción.

—No, esos hombres podrían volver, aquí no estamos seguras—insiste poniéndose a toda prisa el casco y montándose en la motocicleta.

Era la reacción que esperaba de ella. Como es lógico, cuanto menos trato tenga con la policía mucho mejor, sus actividades no parecen demasiado legales y es mejor esconderlas. Cuando la policía llegue dentro de unos momentos, alertada por los disparos, nadie en el restaurante contará nada y el caso se archivará como otro altercado más sin resolver.

Decido no presionar y volamos en su moto hacia la zona en las afueras de la ciudad donde se encuentra su chalet, conectando nada más entrar varias alarmas y unas cámaras que le permiten vigilar todo el perímetro de la casa desde dentro.

—Siento muchísimo lo que ha pasado, de verdad—se disculpa cogiendo mi mano y besándome en la frente.

—¿Qué ha sido eso, Kim?—pregunto aparentando estar aterrorizada en un intento de sacarle algo de información.

—No estás segura a mi lado, todo se está torciendo muy rápido, mañana te llevaré a tu apartamento, aunque, si puedes, es mejor que desaparezcas unos días de la ciudad. No sé si esta gente te tiene localizada o si podrían ir a por ti suponiendo que así me harán daño. Ni siquiera estoy segura de quienes son—

admite situando su frente sobre la mía y rodeando mis mejillas con sus manos.

—¿Tú qué harás?—insisto intentando atar cabos.

—Me voy a marchar una temporada del país hasta que las cosas se calmen o, al menos, sepa con seguridad quién está detrás del tiroteo de hoy—explica con naturalidad.

—¿Por qué no llamamos a la policía, Kim?—inquiero presionando un poco.

—No—responde tajante—es mucho más seguro desaparecer un tiempo.

Mi mente trata de procesar la información lo más rápido que es capaz. Si abandona el país, con ella se esfuma mi mejor pista, así que tengo que aprovechar la noche de hoy para intentar sacar algo más de información a riesgo de que no la vuelva a ver más.

Por otro lado, parece de verdad preocupada por mí, y su reacción cubriendo mi cuerpo con el suyo durante el tiroteo así lo indica. Seguramente, lo de hoy habrá sido algún trato que salió mal entre bandas y la culpan a ella, o alguien que quiere un trozo del rentable negocio que tiene montado.

—¿Estamos seguras aquí?—pregunto intentando parecer vulnerable, aun suponiendo que ha sido solamente un aviso y que en realidad no querían matarla e incluso en ese caso, no es nada probable que vuelvan a intentarlo esta misma noche.

—Sí, no debes preocuparte—me asegura con un beso en la mejilla—la casa está dentro de una urbanización con seguridad privada y no es fácil de atacar. De todos modos, voy a llamar a unos amigos para que controlen cualquier movimiento extraño en el perímetro. No te pasará nada, pero debes prometerme que te tomarás unos días libres para salir de Chicago y te olvidarás de mí tras esta noche. Alicia, es un tema serio, debes hacerme caso con esto.

—Será difícil olvidarme de ti—anuncio pegando mi cuerpo al suyo sin mentir del todo.

Para mi desgracia, la llamada telefónica a sus supuestos amigos se lleva a cabo en lo que parece ser tailandés, con lo que no me entero de nada de lo que dicen a pesar de que llama relativamente cerca de mí.

Mi mente se desespera admitiendo que sería una gran faena si pierdo a mi mejor pista después de haberme saltado todas las barreras éticas acostándome con ella. Debo hacer un esfuerzo el poco tiempo que me resta porque me estoy quedando sin opciones y, sin Kim, no tengo más pistas que seguir.

Tras la llamada, se queda bastante más relajada acercándose a mí de nuevo con ese aire felino que me volvió loca la noche anterior.

—Si no nos vamos a volver a ver, quiero que esta noche sea inolvidable— susurra junto a mi oído deslizando su dedo índice a lo largo de mi mandíbula.

Cierro los ojos y dejo escapar un suspiro cuando pega su cuerpo al mío retirando un mechón de pelo de mi frente para, poco después, recorrer mi cuello con pequeños besos que consiguen que se me ponga la carne de gallina.

—Esta mañana te prometí que utilizaríamos la bañera de hidromasaje— anuncia mordiendo su labio inferior con deseo.

Lo que más llama la atención de su baño es una bañera de hidromasaje de un tamaño más que considerable. Esta mañana no hemos llegado a utilizarla, optando por ducharnos juntas y dejando la bañera para la noche y el mero hecho de recordarlo consigue que se forme un cosquilleo alrededor de mi sexo que me hace temblar.

Me conduce de la mano hasta el baño principal de la vivienda, nuestros dedos entrelazados mientras subimos las escaleras antes de quitarnos la ropa a toda prisa nada más llegar. Sin ropa, Kim prepara el agua apoyada en la bañera, añadiendo ante mi sorpresa un par de bombas de baño de jazmín y salvia que pronto empiezan a burbujear.

Acercándome a ella, cubro su espalda desnuda de pequeños besos pegando mi cuerpo al suyo, su cálida piel contrastando con el frío suelo de mármol en mis pies descalzos mientras el suave gemido que se escapa de su garganta vuelve a hacerme estremecer.

Ya en la bañera, Kim se coloca detrás de mí y enjabona con suavidad mi espalda. Acercándome a ella, le ofrezco mi cuello que cubre de besos mientras siento sus pezones resbalar por mi piel logrando que me vuelva loca de deseo y excitación. Sus pequeños pezones son muy duros y sentirlos en cualquier parte de mi cuerpo causa un efecto maravilloso.

Con nuestros dedos entrelazados sobre mi vientre, Kim me regala millones de besos y mimos, como si pretendiese quedarse toda la noche en esta bañera, nada que ver con la fogosidad de la noche anterior cuando me ató al cabecero de su cama en un arrebato de pasión.

Me dejo querer olvidándome por momentos de que soy una agente del FBI dejándose enjabonar por una delincuente, al tiempo que suspiro cerrando los ojos y sintiendo sus pechos sobre mi espalda desnuda.

Sus manos recorren mis costados con una suavidad asombrosa, como si me quisiese transmitir parte de su alma y, cuando llegan al interior de mis muslos, se me escapa un gemido de placer.

Kim cubre uno de mis pechos con la mano izquierda mientras la otra acaricia mi pubis, deslizándola con maestría hasta llegar a mi sexo, arrancando un grito de mi boca cuando uno de sus dedos penetra en mi interior.

Abriendo las piernas, pego mi cuerpo al suyo llena de deseo, sintiendo cómo sus finos dedos acarician mi clítoris y me hacen temblar. Sus suaves gemidos se confunden con los míos, mis piernas palpitando con cada roce de sus dedos, el agua caliente de la bañera y el olor a jazmín de la espuma agudizando mis sentidos hasta hacerme enloquecer.

Dos de sus dedos se introducen en mi vagina, nuestra postura no le permite meterlos muy dentro, pero su otra mano frotando mi clítoris compensa con creces la falta de profundidad. Gimo, suspiro moviendo mis piernas de placer como si fuese el aleteo de una mariposa provocando un suave chapoteo en el agua hasta que, con un largo gemido, me dejo caer sobre su cuerpo tras alcanzar el clímax.

Kim me cubre de pequeños besos sin dejar de acariciar con suavidad mi clítoris que está tan sensible que cada roce sobre él consigue hacerme temblar. Joder, no va a ser tan fácil olvidarme de ella.

En cuanto me recupero un poco, me coloco frente a ella en la enorme bañera y tomo sus manos entre las mías para acariciar sus dedos. Al estirar los brazos deja al descubierto sus preciosos pechos con esos pequeños pezones oscuros que logran que empiece a perder la cabeza por ellos.

Escucho los primeros suspiros al acariciar el interior de su brazo izquierdo,

deslizando los dedos por su muñeca y el antebrazo hasta el interior del codo donde me recreo acariciando la sensible piel.

—Dame tu pierna—le indico con un seductor guiño de ojo.

Kim estira su pierna derecha y cojo su pie entre mis manos para darle un pequeño masaje al tiempo que ella cierra los ojos y ladea la cabeza hacia atrás.

Nuevos suspiros, en este caso míos al sentir su otro pie jugar entre mis piernas buscando mi sexo y encontrándolo. Mientras masajeo su gemelo, Kim me clava la mirada y, con una pícara sonrisa, presiona la entrada de mi vagina con los dedos del pie enviando corrientes eléctricas por todo mi cuerpo.

—Date la vuelta, que ahora me toca a mí cuidarte—indico lanzándole un beso.

Se gira en la bañera y apoya su cuerpo sobre el mío dándome la espalda mientras beso su cuello, recorriéndolo con la punta de la lengua mientras acaricio su vientre y ella desliza sus manos por mis tobillos y mis pies.

—¡Ah! ¿Y ese mordisco?—pregunta sorprendida al sentir mis dientes sobre su hombro.

—De castigo, porque casi me muero del susto con el jodido tiroteo al salir del restaurante, he estado a punto de mearme en los pantalones—respondo susurrando a su oído.

—Lo siento mucho—admite de nuevo preocupada.

Pegada a su cuerpo, froto mis pechos sobre su espalda desnuda acariciando sus senos con mi mano izquierda mientras la otra rodea su cuello perdida entre sus suaves y largos gemidos.

—Levántate—susurro otra vez junto a su oído.

Kim obedece y presiono su cuerpo, apoyada con las manos en la pared, abre las piernas ofreciéndome su sexo y temblando de deseo. Pegándome a ella, introduzco dos de mis dedos en su interior presionando hacia abajo cada vez que la penetro mientras cubro su pecho izquierdo con la otra mano.

Sus piernas comienzan a temblar levemente y me envuelvo con ella en una

sinfonía de gemidos mientras la penetro con más fuerza, empujando su cuerpo contra la pared de la ducha hasta que un grito de placer se escapa de su garganta haciéndome saber que ha tenido un orgasmo y se queda relajada, todavía pegada a la pared mientras la cubro de besos y caricias que cada vez son más auténticas.

Capítulo 12

ALICIA

A la mañana siguiente, noto el tacto de una cálida mano en mi hombro izquierdo. Estoy agotada, anoche nos acostamos muy tarde y sin mis pastillas de Trankimazin, me cuesta dormir la noche de un tirón. Esa suave caricia desprende un calor tan exquisito que no sé si es parte del sueño o de la realidad.

Una mano se desliza hasta mi costado donde se queda quieta, apoyada en mis costillas mientras que otra juega con delicadeza con mi pelo. Soy incapaz de abrir los ojos.

Suaves besos recorren mi nuca, el maravilloso tacto de unos labios cálidos, el calor de un cuerpo desnudo casi pegado al mío. Al sentir los duros pezones de Kim rozando mi espalda sé que no se trata de un sueño, me vuelve absolutamente loca sentirlos en mi piel. Joder, creo que voy a echar de menos a esta mujer.

Ella sigue pegada a mí, casi sin moverse, percibo el calor de su piel sobre la mía. Más besos en mi espalda, su mano derecha en mi pelo mientras la izquierda recorre con lentitud todo mi costado, desde la cadera hasta los hombros.

Sigo sin abrir los ojos a pesar de la más que evidente excitación que va naciendo en mi interior. Su mano recorre el contorno de mi pecho izquierdo acariciando su lateral, deslizándose por debajo, dibujándolo. Me estiro ligeramente dejando escapar un pequeño suspiro al sentir uno de sus dedos rozar mi pezón.

Kim retira la sábana exponiendo mi cuerpo desnudo, nuevos besos en mi espalda y en mi nuca, su mano izquierda deslizándose una y otra vez desde mi hombro hasta las nalgas, haciendo pequeños descansos sobre mis senos.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo al sentir sus uñas resbalando por mi columna vertebral, me giro levemente mientras ella acaricia mi vientre, un pequeño gemido al rozar mi pubis.

–Shh sigue durmiendo—susurra besando mi mejilla como si eso fuese posible.

Ese precioso susurro en mi oído hace que se me ponga la piel de gallina. De

nuevo su mano sobre mi pubis acercándose peligrosamente a mi sexo.

Me hace girar colocándome boca abajo sobre la cama y su mano recorre ahora con descaro mi culo. Siento el calor de su respiración agitada pegada a mi cuello, sus dedos deslizándose hasta encontrar mi sexo. Pequeños y suaves gemidos.

Su mano derecha se introduce por debajo de mi cuerpo y sus dedos recorren mi vulva, un pequeño mordisco en mi nuca logra que se me ponga la carne de gallina.

—No me dejes marca—me quejo.

—Calla y sigue durmiendo—insiste con un cariñoso azote en mi culo.

Más besos, la punta de su lengua deslizándose por mi cuello, su dedo pulgar presionando la entrada de mi vagina. Su pie derecho se cuela entre los míos acariciándolos y, cuando escucho otro de sus suaves y largos gemidos, no puedo más, me está volviendo loca de placer y excitación.

Me giro y agarro sus nalgas con mi mano derecha. Kim me mira y sonríe, su mirada llena de pasión. Me coloco sobre ella cubriendo su cuerpo con el mío, piel contra piel. Sus duros pezones frotándose en mis pechos, su sexo deslizándose en mi muslo.

Girándome sobre el colchón, me agarra de las manos y se coloca sobre mí sujetándome por las muñecas y besándome con pasión, sacando su lado dominante, esa pasión salvaje y primaria que estoy aprendiendo a disfrutar aunque sepa que pronto no volveré a verla.

Se frota con fuerza sobre mi muslo jadeando y dejando un reguero de humedad mientras lame mi cuello. Pequeños mordiscos en mi mandíbula y mi barbilla, pasionales besos en mi boca.

Coloca mis muñecas bajo su mano izquierda al tiempo que la derecha las abandona para introducir su dedo pulgar en el interior de mi vagina, empujando con fuerza y sintiendo la humedad de mi excitación.

Me encanta que me sujete las muñecas contra la cama, podría soltarme, pero estoy aprendiendo a disfrutar de su lado dominante.

—Necesito tenerte dentro ya—susurro excitada.

Antes de que acabe la frase dos de sus dedos penetran en mi interior. Lanzo un fuerte gemido al sentirlos entrar, la respiración agitada de Kim pegada a mi oído, su melena sobre mi mejilla, acariciándola cada vez que se mueve.

Escucho el sonido de sus dedos entrando y saliendo de mi interior, pequeñas gotas de excitación resbalando por mi entrepierna, su pie derecho acariciando mi tobillo mientras hace círculos con sus dedos dentro de mí, presionando sobre mi clítoris con la palma de la mano.

Me está volviendo loca, me deshago en suspiros y jadeos, sus suaves y largos gemidos apagados contra la piel de mi cuello mientras hace fuerza para mantener mis muñecas pegadas a la cama.

Siento cómo se va formando un orgasmo en mi interior, los músculos de mi espalda tensados de placer, mis piernas temblando, sus dedos presionando mi interior justo donde más me gusta. No puedo más, nuestros gemidos se confunden al tiempo que los dedos de Kim me arrancan un intenso orgasmo que parece no tener fin.

—Joder, me vuelven loca esos orgasmos tan largos que tienes—reconoce entre suspiros con sus dedos todavía dentro de mí.

Nos llenamos de besos recuperando la respiración hasta que Kim se incorpora y, abriendo las piernas, se coloca sobre mi cabeza. Observo sus piernas bien torneadas a ambos lados de mi cara, las beso una y otra vez percibiendo el olor de la excitación en su sexo.

Con los dedos de la mano derecha, Kim separa sus labios dejando ver el precioso rosa intenso de su interior.

—Cómelo—susurra con una voz deliciosamente sensual.

Por un brevísimo instante me vuelvo a preguntar qué estoy haciendo en la cama con una delincuente a la que no voy a volver a ver salvo, quizá, para testificar contra ella en un juicio, aunque mi inquietud dura justamente eso, un brevísimo instante y mis ojos se llenan de deseo al acercarme a la entrada de su vagina.

La beso con pasión, sorprendiéndome a mí misma mientras devoro su sexo húmedo como si fuese lo último que voy a hacer en la vida. Me excita su olor, su sabor, la manera en que tensa su vientre, sus largos y suaves gemidos al tiempo que se acaricia los pezones que sobresalen ligeramente de su preciosa areola.

Pronto, ya no es solo mi lengua la que le da placer, mis labios y mi barbilla se frotan contra su sexo a un ritmo frenético. Sus piernas tiemblan a ambos lados de mi cabeza, apretándome con fuerza. Mueve sus caderas buscando un mayor contacto, su vientre se contrae, tiembla más y más, me aprieta con más fuerza hasta que siento su orgasmo en una explosión de placer sobre mi boca.

La sensación de paz y relajación que irradia en estos momentos es indescriptible. Solo por ese preciso momento te apetece darle todos los orgasmos de este mundo.

Sin decir nada, se incorpora y levanta mi pierna derecha de modo que nuestros sexos se encuentran; presionando, siento el suyo caliente y húmedo frotarse con el mío, arqueando su espalda empuja más fuerte, incrementando el ritmo, mientras recorre con su lengua mi pierna derecha que descansa entre su pecho y su hombro.

Escucho sus gemidos, largos gemidos dulces y pasionales, mientras grito de placer para recibir a un orgasmo increíble, de una intensidad única, sorprendida de la facilidad que tiene esta mujer para lograr que llegue al clímax.

Nos quedamos tumbadas sobre la cama sin decir nada, cada una con sus pensamientos. En silencio, trato de ordenar mi mente, nuestro tiempo juntas se acaba y, si no saco rápido alguna información que me permita seguir una pista fiable sobre el paradero de la chica desaparecida, tendré que avisar a mi superior para que no pueda abandonar el país.

Mis intereses entran de nuevo en conflicto, una parte de mí no quiere joder a Kim de esa manera. Le estoy cogiendo cariño aunque no quiera reconocerlo. Si consigo sacarle una pista, algo por donde seguir investigando, prefiero que se marche de los Estados Unidos. De todos modos, sé que a partir de hoy no volveré a verla pase lo que pase.

—Tengo que hacer bastantes cosas esta mañana—anuncia de pronto—¿Te gustaría comer juntas como despedida?

—Perfecto—acepto poniendo cara de triste y sabiendo que representa mi última oportunidad.

—¿Conoces el italiano que hay cerca del lago en el East Side?—pregunta alzando las cejas.

—El que está en Whihala Beach?

—Sí, ese—asiente Kim—te veo allí a la una, yo te invito. ¿Te llamo un taxi?

—Ya lo hago yo, tranquila—le aseguro recogiendo mi ropa.

Mientras nos vestimos, mi mente es un avispero de ideas intentando buscar alguna manera de sacar esa información sin que se note demasiado porque Kim sabe controlarse a la perfección; si alguna pregunta o comentario le incomoda, simplemente te ignora o cambia de tema con descaro.

***

Ya en mi apartamento, hago una rápida llamada de teléfono a Bill McGrath, mi superior, para explicarle cómo van las cosas hasta ahora, obviando los detalles más íntimos de mi investigación que se sitúan en el lado oscuro de la ética.

Bill insiste en que tenga mucho cuidado y que no exponga mi integridad, aunque al mismo tiempo me recuerda que debo sacar algún tipo de información como sea durante la comida, ya que no tenemos ninguna base legal para impedir que Kim abandone los Estados Unidos, así que tendré que esforzarme y arriesgar en el restaurante.

Siguiendo su consejo, esta vez decido ir acompañada de la 9 milímetros Parabellum que disimulo como puedo dentro de un bolso deportivo y me dirijo a la zona del East Side de Chicago para la que será mi última cita con Kim sin saber muy bien lo que estoy sintiendo.

Llega al restaurante italiano unos cinco minutos más tarde que yo, indicándome que la siga hasta un callejón para dejar allí la moto. La acompaño pensando en la maravillosa pizza que dicen que sirven en este lugar y en cómo lograré sacarle la información cuando, justo cuando entramos en el callejón y Kim empieza a ponerle el candado a la motocicleta, dos individuos

encapuchados salen de un coche pistola en mano.

Kim me mira preocupada e, instintivamente, me empuja para que me resguarde entre dos coches que se encuentran aparcados cerca de nosotras situándose a mi lado. La diferencia es que esta vez no tenemos salida, el callejón es como una ratonera y nuestros agresores se encuentran ya a algo menos de cien metros.

Con una rapidez sorprendente, Kim saca una pequeña pistola que lleva pegada al tobillo derecho cubierta por el pantalón, una Smith and Wesson M&P de 9 milímetros Luger y realiza un disparo intimidatorio que es respondido por varios disparos de nuestros agresores contra el coche que nos protege.

—Agacha la cabeza—chilla Kim realizando dos nuevos disparos.

—Deja ya de disparar hasta que estén a tiro, joder, que pareces idiota—ladro agitada—solo te quedan cinco balas en el cargador.

Kim me mira extrañada, pero antes de que pueda abrir la boca, nuestros atacantes llenan de plomo el coche que nos protege sin que podamos movernos y empiezan a avanzar.

Saben perfectamente lo que hacen, no son matones de una banda, han sido entrenados en combate y si no intervengo, las dos perderemos la vida. Sacando mi arma del bolso deportivo, le indico a Kim que me voy a desplazar hacia el otro lado del coche para disparar desde allí y que me cubra para despistarles aunque se quede sin balas, ya que a mí me quedan diecisiete disparos.

Kim asiente con la cabeza y empieza a disparar provocando una rápida respuesta en forma de nuevas descargas por parte de nuestros agresores, pero dándome tiempo a situarme en un punto desde el que tengo un buen ángulo de tiro y abatir al más cercano.

Sorprendido, su acompañante sale corriendo a toda velocidad, pero, cuando quiero empezar su persecución siento a Kim a mi espalda.

—¿De qué coño va todo esto, Kim? ¿Por qué intentan matarte?

—Deja el arma en el suelo y levanta las manos, Alicia—chilla apuntándome a la cabeza con su Smith and Wesson.

—Tranquila, Kim, no hagas ninguna tontería—indico dejando con cuidado mi arma en el suelo y alejándola de mí con el pie mientras alzo las manos para que vea que no supongo ninguna amenaza.

Sin dejar de apuntarme, Kim recoge mi arma y me indica con un gesto que me mueva.

—Un poco aparatosa, ¿no?—interviene examinando mi Whalter.

—Mucho más precisa que la tuya—contesto algo seca.

—Tienes mucho que explicarme. Me has dicho que sabes conducir una moto grande, ¿verdad?—Pregunta señalando su motocicleta.

—No pretenderás que la lleve yo.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes. ¿Conoces el motel South Calumet Blue, cerca de la refinería?—pregunta con mirada inquisitiva.

—Sí.

—Lleva la moto hasta allí y, por favor, Alicia, no intentes ninguna tontería, te voy a estar apuntando todo el tiempo—asegura montándose tras de mí en su motocicleta.

—Es mejor esperar a la policía, no hay nada contra ti, yo realicé el disparo y testificaré a tu favor—le aseguro tratando de que cambie de opinión.

—No es una opción—insiste negando con la cabeza.

—¿Qué vas a hacer conmigo?—pregunto bajando la voz, aunque no tenga claro que quiero escuchar la respuesta.

—Debo pensar, conduce y no intentes hacer nada raro—ordena en tono autoritario—y dame el móvil.

Tras darle mi móvil para que no puedan rastrearnos, lo tira contra una de las paredes del callejón haciendo una seña para que arranque la motocicleta y la dirija hasta el motel que me ha indicado tratando de no llamar la atención.

Con precaución, me incorporo a la carretera con alguna dificultad más de la esperada. Si bien me gustan las motos grandes, no estoy acostumbrada a una de tanta cilindrada, aunque pronto consigo hacerme con ella.

Por el camino, valoro mis opciones sintiendo en mis costillas el cañón de la pistola de Kim. Cualquier movimiento en falso por mi parte a esta velocidad, llevaría a la muerte de ambas. No me quedan demasiadas opciones, esta vez creo que estoy bastante jodida y mi única oportunidad de salir con vida es seguir adelante e intentar algo más tarde.

Capítulo 13

ALICIA

Conduzco la motocicleta hasta al motel que Kim me ha indicado, repasando en mi mente lo que puedo hacer. Es el típico motel en el que prima la privacidad, ideado seguramente para cubrir las infidelidades de sus clientes.

Se llega directamente a las habitaciones sin necesidad de pasar por la recepción; al llegar a la entrada, te encuentras con un teléfono desde el que te asignan un número de habitación al tiempo que abren una barrera y el garaje para que tu vehículo quede escondido y garantizar de ese modo la privacidad.

Recuerdo que un compañero hizo un registro a uno de estos hoteles y los clientes nunca tienen trato directo con el personal del motel, todo se realiza a través de un torno que hay dentro de las habitaciones, a través del cual te hacen llegar la factura o cualquier otra cosa que necesites y haces el pago. Todo perfecto para alguien como Kim.

En cuanto aparco la moto en el garaje, cierra la puerta y vuelve a ponerme la pistola en la sien ordenando que entre en la habitación con las manos en alto. Es una habitación amplia, perfectamente montada y lo suficientemente aislada como para que si se escucha algún grito nadie acuda. Otra cosa diferente sería un disparo, pero estoy segura de que, por el tipo de cliente del motel, Kim tendría tiempo más que de sobra para huir.

Estoy metida en una situación muy jodida, ella no dice ni una palabra, su gesto se ha tornado duro, con una cara de cabrona que asusta, nada que ver con la Kim amable de hace un rato. Se nota que es una persona acostumbrada al riesgo y a moverse en este tipo de situaciones al margen de la ley.

Si ya lo estaba empezando a ver muy negro, en el momento en que saca unas bridas de nylon y me ata las muñecas, lo veo mucho peor. No temo a la muerte, pero prefiero seguir viva aunque mi vida, a veces, sea una mierda.

—La última vez me habías atado en otro tipo de condiciones—comento con ironía.

Kim no contesta, solamente suelta un bufido negando con la cabeza y me retira la mirada antes de hacer una llamada de teléfono en su idioma que no soy

capaz de entender.

Al terminar la llamada, se acerca a mí sentándose en la cama a mi lado y me dedica una mirada gélida.

—Empieza a darme explicaciones—ordena haciendo un gesto con la cabeza—para quién trabajas.

Sabía que en algún momento llegaríamos a esa pregunta y durante el trayecto en moto hasta aquí me debatí analizando los pros y contras de mi respuesta. Mentir diciendo que simplemente me encontraba en el Colmillo negro por casualidad y que hoy llevaba una pistola en el bolso por protección no tiene mucho sentido, y mucho menos después de haber disparado a un tío en la cabeza.

Por un momento, se me pasó por la mente decirle que me habían contratado para seguirla y protegerla, pero con sus contactos con las diversas organizaciones criminales creo que iba a ser contraproducente. Si se entera de que la estoy mintiendo, creo que va a ser mucho peor, si es que algo puede empeorar ya más, así que opto por decirle la verdad, al menos en parte.

—Kim, trabajo para el FBI, pero tú no eres el objetivo. Si me dejas libre haremos como que esto no ha pasado nunca. En caso contrario, te vas a meter en un lío muy gordo, no puedes secuestrar a una agente del FBI y pensar en salirte de rositas—amenazo con gesto serio.

—En dos horas estaré montada en un avión camino de otro país—responde con un bufido.

—Mi arma está registrada, a estas alturas ya estarán comprobando en balística la munición y en breve peinarán la ciudad y cerrarán todas las vías de escape. No puedes quedarte en este motel para siempre—le explico intentando convencerla de que me suelte.

—Dime lo que estás investigando—dispone dejando escapar una gran cantidad de aire.

—Es una investigación genérica, Kim, teníamos datos de que en el Colmillo negro se reúne gente de organizaciones criminales y mi misión era pasar unos días por allí para sacar información, nada más. Puedes creerme, no tiene nada

que ver contigo, por favor, recapacita y no te metas en más líos—insisto alzando las cejas e intentando permanecer calmada.

—Y una mierda, joder. Tú debes pensar que soy gilipollas. El FBI no va a mandar a una agente de incógnito simplemente a sacar información sobre quién se junta en ese puto local. No es ilegal hacerlo y tú te estás jugando la vida. Es algo más serio y quiero que me lo cuentes, mentirme solo puede empeorar las cosas—brama amenazante.

—Es la verdad, Kim, no hagas ninguna tontería, coño, todavía estás a tiempo de arreglar esto. No hay nada contra ti, yo realicé los disparos. Si me liberas, testificaré que fuimos atacadas, te asustaste y vinimos hasta aquí, te juro que no mencionaré nada de esto. No hagas ninguna gilipollez de la que te vayas a arrepentir—replico quedándome sin argumentos.

—No te creo—responde tajante.

Justo en ese instante, su teléfono móvil suena de nuevo, esta vez ya no hablan en tailandés y puedo entender algo de un aeropuerto cerca de El Rosario, lo que me indica que pretende fugarse del país con la ayuda de los de Sinaloa.

Joder, cada vez empiezo a tener más claro las conexiones de la desaparición de la chica, aunque nunca había escuchado que se dedicasen a esa línea de negocio.

—Sé que queda muy típico, pero necesito ir al baño—tercio una vez acaba la llamada telefónica.

Kim me hace un gesto con la barbilla como diciéndome que lo tengo justo delante de mí, pero no hace ademán de desligarme las muñecas.

—Joder, Kim, ¿me vas a limpiar tú el coño cuando acabe? Tienes un arma, ¿puedes quitarme la puta brida de nylon para que me pueda asear con tranquilidad?—Vocifero agitada.

Me observa ponderando en su mente el peligro que puedo suponer para ella y, dejando la pistola sobre la mesita, saca una pequeña navaja para cortar la brida. Es justo la oportunidad que estaba buscando, en cuanto dirige su mirada a mis muñecas y corta la brida de nylon, le propino un fuerte cabezazo que la deja desorientada dejando caer la navaja al suelo.

Sin embargo, cuando intento golpearla me bloquea y me devuelve la agresión con un rodillazo en las costillas que me deja sin respiración.

Mientras recupero el aliento, valoro mis posibilidades. Seguramente, si me acerco lo suficiente a ella y la derribo, mis conocimientos de Jiu Jitsu brasileño serían más que suficientes para inmovilizarla, aunque eso supondría ponerme a tiro de alguna de sus patadas que pueden ser letales.

Kim me observa sin decir nada, sus ojos concentrados en mí, su rostro de piedra, con una cara de mala leche que asusta y, cuando trato de sorprenderla con un Gyako Tsuki a la cara, desvía mi puño y me devuelve un codazo que revienta mi labio inferior tirándome al suelo.

Joder, en la puta vida me había pasado. Desorientada, me limpio la sangre con el reverso de la mano sorprendiéndome de la velocidad de sus golpes, ni siquiera lo he visto venir.

Tambaleándome, me pongo de nuevo en pie y meneo los brazos en un último y desesperado intento de agarrar alguna parte de su cuerpo que me permita tirarla al suelo e inmovilizarla, pero su rodilla impacta en mi estómago a una velocidad endiablada sin que pueda hacer nada por bloquearla y vuelvo a caer al suelo sin respiración, donde permanezco intentando respirar y dando por perdida la pelea y, seguramente, mi vida.

—¿Pero a ti qué coño te pasa, Alicia?—chilla Kim agitada—. Estoy intentando mantenerte con vida, pero me lo estás poniendo muy difícil.

Mi sangre gotea en el suelo desde mi labio roto al tiempo que, instintivamente, palpo con la lengua el interior de mi boca para asegurarme de que todos los dientes están en su sitio. Llevando una mano al estómago con un gesto de dolor, intento recobrar la respiración sin conseguir que el aire vuelva a mis pulmones.

—¿Te encuentras bien?—pregunta de pronto Kim ante mi sorpresa.

—Creo que es bastante evidente que no—balbuceo todo lo borde que puedo.

—Aguantas bien los golpes—reconoce Kim asintiendo con la cabeza—deja que te ayude.

Nada más terminar la frase, pasa su brazo por debajo de mi hombro ayudándome a levantarme del suelo y llevándome hasta la cama. Por un breve instante, se me pasa por la cabeza aprovechar ese momento para intentar tirarla al suelo, pero estoy tan débil y dolorida que descarto la idea a la misma velocidad con la que ha venido.

—¿Tú estás gilipollas o qué te pasa, Alicia?—insiste enfadada en cuanto me deja sobre la cama—. ¿No ves que podría haberte hecho mucho daño?

—Me lo has hecho, imbécil—me quejo todavía sin aire.

Negando con la cabeza, Kim pone los ojos en blanco antes de sentarse a mi lado y volver a hablar.

—Ahora, por favor, ¿me puedes decir la verdad? Me lo estás poniendo muy difícil, joder—se queja colocando su mano sobre mi brazo izquierdo.

—¿Qué diferencia hay en lo que yo te diga?—le reprocho apartándola de un manotazo.

—Prueba.

—Vale, joder, estoy investigando la desaparición de una chica, Sofía Bartow, la heredera de la farmacéutica, la última vez que la vieron fue en tu local con los de Sinaloa. Y no me digas que no es cosa del FBI porque eso ya lo sé, son órdenes de arriba porque os ha dado por secuestrar a la sobrina de un senador—me defiendo dando ya por perdida toda oportunidad.

—Eres gilipollas, Alicia—responde Kim haciendo una mueca acompañada de un bufido que me deja desconcertada.

Por unos instantes no dice nada, como reflexionando cuál será su siguiente paso. Tengo bastante claro que una parte de ella no quiere matarme, porque si no ya lo hubiese hecho. Ya no se trata de no hacer ruido con un disparo, cuando me tenía casi sin sentido en el suelo podría haberme roto el cuello de una patada sin ningún problema y sin llamar la atención. Sin embargo, tampoco creo que tenga otra opción, es evidente que no puede dejarme libre.

—Nadie ha secuestrado a esa chica y mucho menos los de Sinaloa, no se dedican a eso y, personalmente, hay ciertas cosas por las que no paso y eso

incluye secuestros y trata de blancas. Espero no tener que arrepentirme, pero estoy dispuesta a llevarte conmigo para que conozcas la verdad—afirma ante mi asombro.

—¿Llevarme dónde?—pregunto con los ojos como platos.

—Ya lo sabrás, de momento a El Rosario, lo principal ahora mismo es salir del país; corro mucho peligro y tú te has encargado de que mi situación se vuelva aún más complicada. Allí tomaremos otro avión privado hacia un lugar que conocerás más adelante—explica con voz calmada.

—No lo entiendo—suelto con un bufido.

—No soy una puta asesina, joder, y te agradezco que me hayas salvado la vida en ese callejón. Lo que no te perdonaré nunca es que me hayas follado para sacarme información—me recrimina enfadada.

—No lo he hecho para sacarte información—admito con un hilo de voz.

—Vale, lo que tú digas. Te he dicho que no soy una asesina, pero eso no significa que no pueda matar si tengo que hacerlo. No vuelvas a intentar ninguna gilipollez, vamos a estar rodeadas de gente muy peligrosa, ni se te ocurra decir que eres del FBI o nuestra vida no valdrá una mierda—advierte en tono severo.

Solamente puedo asentir con la cabeza, asegurándole que no haré ningún movimiento que nos pueda poner en peligro, sabiendo que mi única opción es acompañarla. No me puede dejar aquí, no con los datos que tengo ahora que se confirma la conexión con Sinaloa y, por muy peligroso que sea ir con ella, puede ser una oportunidad de descubrir la verdad, si es que vivo para contarlo.

KIM

Joder, me cago en la puta, si me entero de quién es el cabrón que ha puesto precio a mi vida le voy a sacar los intestinos con una cuchara.

Ahora no sé qué coño voy a hacer con Alicia, ha sacado una pistola del bolso y le ha pegado un tiro en la cabeza a uno de los agresores sin pestañear. Me deja totalmente desconcertada porque esa no es un arma reglamentaria de ninguno de los cuerpos de seguridad del Estado, parece más bien un arma de competición.

Puta Alicia, joder, ahora qué voy a hacer con ella. Le indico que conduzca la moto hasta el discreto motel que hay cerca de la refinería, más allá del East Side. Es el lugar perfecto para escondernos dos o tres horas hasta que tenga listo un vuelo que me saque del país, el típico hotel para infidelidades, perversiones y tratos oscuros donde no se tiene ningún contacto con el personal ni con otros clientes.

Una vez en la habitación del motel, ato sus muñecas con una de las bridas de nylon que suelo llevar en el bolsillo. Consejo de Big Tony, nunca pensé que me sería útil, apenas ocupan espacio y son tanto o más efectivas que las esposas.

Sus explicaciones me dejan de piedra, nunca hubiese pensado que sería una agente del FBI, aunque la historia esa que me cuenta de que están simplemente investigando quién se reúne en el Colmillo negro es más falsa que Judas.

Mientras arreglo con los de Sinaloa poder aterrizar en su territorio y que me preparen un jet privado que me lleve desde El Rosario a Tailandia, pienso en las distintas opciones que tengo con Alicia. No me gustaría tener que matarla, pero tampoco puedo dejarla aquí. Joder, no soy una asesina, le agradezco que me salvara la vida en aquel jodido callejón cuando pensaba que estaba ya muerta, pero no le perdonaré que me llevara a la cama buscando información. Menuda ética de mierda tiene para ser una agente del FBI.

—Necesito ir al baño—interrumpe Alicia, si es que ese es su verdadero nombre, sacándome de mis pensamientos.

—Ahí lo tienes—respondo haciendo una seña con la barbilla en dirección al baño de la habitación de hotel.

—Joder, Kim, ¿me vas a limpiar tú el coño cuando acabe? Tienes un arma, ¿puedes quitarme la puta brida de nylon para que me pueda asear con tranquilidad?—Vocifera Alicia agitada.

Sacando una navaja del bolsillo, corto la brida tras valorar unos instantes sus palabras y llegar a la conclusión de que, mientras tenga cuidado, no debería pasar nada. Sin embargo, Alicia es muy rápida y demuestra estar muy bien entrenada; en el momento que dejo la pistola en la mesita y corto la brida de nylon, me propina un fuerte cabezazo que me deja desorientada unos instantes, de no haber sido por mis años de peleas en el Muay Thai ahora mismo estaría tumbada en el suelo sin conocimiento, pero, con los años, tu cuerpo va aprendiendo a encajar y los golpes dejan de tener el mismo efecto.

Aprovechando mi desconcierto, intenta golpearme de nuevo con un golpe curvo a la sien, pero logro esquivarlo y propinarle un fuerte rodillazo en las costillas. Para mi asombro, sigue en pie, aunque visiblemente afectada y con problemas para respirar. No he podido medir la fuerza y ese golpe hubiese tumbado a la mayor parte de las personas.

La observo mientras intenta recuperar la respiración y calcula la distancia, seguramente para llevarme al suelo donde podría tener una oportunidad sobre mí, así que amago varios golpes para mantener la distancia cuando, de pronto, me lanza un rápido golpe de Kárate que esquivo por los pelos y que devuelvo con un codazo que le revienta el labio inferior. Ahora he tenido un poco más de cuidado, pero, aun así, el golpe ha sido fuerte, sangra tirada en el suelo y solo espero no haberle roto ningún diente.

Alicia demuestra ser testaruda como una mula, porque vuelve a levantarse, ahora tambaleándose, en un último intento por tirarme al suelo y no me queda más remedio que golpear de nuevo con mi rodilla, esta vez en el estómago, haciéndola caer al suelo sin respiración.

—¿Te encuentras bien?—pregunto sorprendida por lo fuerte que es y lo bien entrenada que está.

—Creo que es bastante evidente que no—balbucea en tono seco

—Aguantas bien los golpes—admito—deja que te ayude.

Pasando mi brazo por debajo de su hombro, la tumbo sobre la cama para que

se recupere, sintiendo de pronto una tremenda rabia que no puedo manejar y me hace estallar.

—¿Tú estás gilipollas o qué te pasa?—insisto enfadada esperando no haberle roto una costilla—. ¿No ves que podría haberte hecho mucho daño?

—Me lo has hecho, imbécil—se queja Alicia buscando aire.

Suelto un bufido antes de sentarme en la cama junto a ella, una parte de mí todavía recordando a la Alicia que me volvía loca hace apenas unas horas.

—Ahora, por favor, ¿me puedes decir la verdad? Me lo estás poniendo muy difícil, joder—me quejo colocando la mano sobre su brazo izquierdo.

—¿Qué diferencia hay en lo que yo te diga?—replica apartándome de un manotazo.

—Prueba.

—Vale, joder, estoy investigando la desaparición de una chica, Sofía Bartow, la heredera de la farmacéutica, la última vez que la vieron fue en tu local con los de Sinaloa. Y no me digas que no es cosa del FBI porque eso ya lo sé, son órdenes de arriba porque os ha dado por secuestrar a la sobrina de un senador—admite dejándome de piedra.

—Eres gilipollas, Alicia—respondo haciendo una mueca.

Joder, qué puta mierda. Sabía que lo de Sofía iba a traer complicaciones, mira que le insistí a Marco Saavedra. Estoy segura de que me culpan a mí o, al menos, piensan que estoy colaborando, de ahí los continuos intentos por acabar con mi vida.

Y ahora no sé qué voy a hacer con Alicia. La opción más segura sería matarla, pero no quiero hacerlo, no si puedo evitarlo.

—Nadie ha secuestrado a esa chica y mucho menos los de Sinaloa, no se dedican a eso. Personalmente, hay ciertas cosas por las que no estoy dispuesta a pasar lo que incluye secuestros y trata de blancas. Espero no tener que arrepentirme, pero estoy dispuesta a llevarte conmigo para que conozcas la verdad—afirmo en un arrebato, sorprendiéndome a mí misma y esperando no

tener que arrepentirme más adelante.

—¿Llevarme dónde?—inquiere ella sorprendida.

—Ya lo sabrás, de momento a El Rosario, lo principal ahora mismo es salir del país; corro mucho peligro y tú te has encargado de que mi situación se vuelva aún más complicada. Allí tomaremos otro avión privado hacia un lugar que conocerás más adelante—le explico con toda la calma de la que soy capaz.

—No lo entiendo—admite seguramente preguntándose por qué no está ya muerta.

—No soy una puta asesina, joder, y te agradezco que me hayas salvado la vida en ese callejón. Lo que no te perdonaré nunca es que me hayas follado para sacarme información—le recrimino dolida.

—No lo he hecho para sacarte información—replica Alicia con un suspiro.

—Vale, lo que tú digas. Te he dicho que no soy una asesina, pero eso no significa que no pueda matar si tengo que hacerlo. No vuelvas a intentar ninguna gilipollez, vamos a estar rodeadas de gente muy peligrosa, ni se te ocurra decir que eres del FBI o nuestra vida no valdrá una mierda—le advierto imaginando la reacción de los de Sinaloa si se enteran de que llevo a una agente del FBI en el avión.

Una vez que tomemos el siguiente desde El Rosario hasta Tailandia, ya estaré en mi terreno y mucho más segura, pero no negaré que la parte de México me preocupa mucho, estoy corriendo un gravísimo peligro llevándola conmigo y no sé si merece la pena. Espero no tener que arrepentirme.

Capítulo 14

ALICIA

Dejamos pasar el tiempo casi sin hablar, cada una perdida en sus pensamientos, y los míos empiezan a ser muy oscuros. Ya tengo muy difícil salir de esta situación en los Estados Unidos, pero si me lleva a Sinaloa, de allí no creo que salga con vida. El problema es mi falta de opciones, estoy destrozada por el golpe que me ha dado en las costillas y me cuesta moverme y respirar.

Ya en condiciones normales, Kim es una rival formidable, yo soy experta en diversas técnicas de combate y más fuerte que ella, en una pelea podría tumbar casi a cualquiera, pero, joder, ella ha sido luchadora profesional y eso se nota.

—Kim, por favor, valora la posibilidad de que llamemos a mi superior. No tienes nada que temer, tú no has hecho nada. Además, ahora mismo nos estarán buscando, no creo que puedas llegar hasta el aeropuerto ni que el avión pueda salir en caso de que llegues—le explico tratando de que recapacite.

—Te he dicho que no es una opción—contesta con sequedad.

—Yo testificaría en tu favor, no hay nada contra ti, no te metas en más líos. Te juro que no voy a mencionar que me has secuestrado—le aseguro sin conseguir resultados.

Niega con la cabeza y ni siquiera se digna a responder. Está claro que no quiere tratos con las autoridades. Seguramente hace bien, sus socios podrían verla como a una soplona y tendría los días contados. Esta gente se entera de todo, tienen una red de información que ya la quisiéramos nosotros y, ahora que he visto cómo colaboran en el Colmillo negro, empiezo a entender por qué.

—Sé que eres buena persona, simplemente has tenido una vida difícil que te ha llevado a juntarte con gente peligrosa. Empiezo a sentir algo por ti, si me dejas ayudarte podríamos comenzar una nueva vida juntas, entrarías en protección de testigos y podrías partir de cero junto a mí—miento jugando una última carta e intentando tocar sus sentimientos.

Ella me mira por unos breves instantes y aparta la mirada con rencor sin mediar palabra, haciéndome sentir mal. Mi ética profesional ha caído por los suelos, me he cavado la tumba yo sola acostándome con ella y cruzando todas

las líneas rojas. No debería haberlo hecho, es cierto que nuestro sexo ha sido maravilloso el poco tiempo que duró, durante dos días me llevó al paraíso y apenas pensé en Cat, pero esto se acabó y puede que mi vida esté a punto de hacerlo.

En circunstancias normales quizá podría haber funcionado, en algunos momentos es cierto que empecé a sentir algo por ella, aunque fuese incipiente, pero nuestros mundos son demasiado diferentes, nos encontramos en polos opuestos, en sentido literal.

—¿Te encuentras bien? ¿Quieres beber o comer algo?—pregunta de pronto sacándome de mis pensamientos de manera abrupta.

—¿Me puedes preparar un gin tonic?—respondo todavía con dificultades para respirar.

—¿A las 3 de la tarde? Mira, no soy nadie para dar consejos y supongo que ya poco importa, pero pienso que si no tienes ya un problema serio con la bebida, estás a punto de tenerlo, tú verás—aclara mientras se acerca al minibar y mezcla de manera rápida los contenidos de un botellín de ginebra con una lata de tónica añadiendo un poco de hielo.

—Como acabas de decir, ya poco importa—me lamento suponiendo que no me quedan muchas horas de vida.

—Supongo que tus pesadillas con la emboscada y los disparos son reales y lo de que has estado en el ejército en labores administrativas es otra de tus mentiras, una más. Ese entrenamiento en combate cuerpo a cuerpo no es del FBI, me suena más a fuerzas especiales—tercia Kim entregándome el gin tonic.

—Navy Seals—confieso bebiéndolo como si fuese un vaso de agua.

—Has estado en los Seals y ahora te vas a matar con la bebida, muy edificante —reprocha haciendo una mueca de disgusto.

—Ya, bueno, no creo que me mate la bebida precisamente—replico pensando en lo que me espera.

Kim no contesta y, nuevamente, suelta un bufido poniendo sus ojos en blanco mientras niega con la cabeza. Ya me está empezando a molestar ese aire de

suficiencia que se gasta ahora con algunos de mis comentarios.

—¿Me quieres contar lo que te ha pasado para llegar a esta situación?—pregunta de pronto.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Tenemos veinte minutos hasta salir en dirección al aeródromo, podemos permanecer calladas o te puedes desahogar—explica encogiéndose de hombros—en condiciones normales te propondría echar un polvo, pero no creo que sea lo más conveniente ahora mismo.

Se me escapa un esbozo de sonrisa ante su comentario mientras valoro si contarle o no mis problemas. Apenas nos conocemos, es cierto que hemos follado varias veces en estos dos días, porque eso era lo que hacíamos, al menos en mi caso, aunque de cualquier forma, ya poco importa lo que diga o deje de decir.

—Mataron a mi novia en una emboscada, la misma que me persigue en mis pesadillas—confieso sintiendo el sabor de la sangre en mi labio inferior—falleció desangrada entre mis brazos.

—Joder, lo siento, Alicia, es una putada—responde con mirada sincera.

Otra vez vuelve a sorprenderme su reacción, estaría dispuesta a jugarme el cuello a que lo ha dicho de verdad, empatizando con mi dolor. Es como cuando cubrió mi cuerpo con el suyo para protegerme, son reacciones que no entiendo en una persona como ella, normalmente los delincuentes de su calaña no empatizan, eso es justo lo que les permite cometer crímenes sin pensar en las víctimas.

BILL McGRATH

El director adjunto está que se sube por las paredes, grita pidiendo explicaciones sin que pueda ofrecerle una respuesta coherente.

Alicia Walker ha desaparecido sin dejar rastro, hemos encontrado su teléfono móvil en un callejón del East Side junto a un cadáver asesinado con el arma que portaba, un certero disparo entre ceja y ceja digno de una tiradora experta como ella.

La policía está peinando la ciudad y hemos establecido controles en las principales salidas en un intento por localizarla. En mi interior, quiero pensar que ha sido secuestrada, pero la revisión de las grabaciones desde su apartamento la sitúan saliendo muy acaramelada con dos mujeres vinculadas al Colmillo negro, una camarera y una tal Kim que al parecer es una de las socias del local.

La presión por parte de la familia de Sofía Bartow se hace ya insostenible, exigen resultados siendo conscientes de que ya ha pasado mucho tiempo sin tener noticias y somos incapaces de ofrecer una simple pista. Despejo los balones como puedo asegurándoles que Alicia está intentando sacarle información a la tal Kim, sin saber si quiera si está viva, suplicando al cielo que suene mi teléfono y me diga que ha encontrado algo.

Capítulo 15

ALICIA

Llegamos a un pequeño aeródromo privado cerca de la zona de Calumet en el que nos espera un discreto avión de carga con el que Kim me indica que llegaremos a El Rosario.

Escondidas en una nave de almacenamiento, observo a un inspector de aduanas revisando los papeles de la aeronave y algunas de las cajas que transporta, dudando por unos instantes si pedirle ayuda, pero entiendo que eso solamente significaría su muerte segura y la mía, así que lo ignoro.

En cuanto el inspector da el visto bueno para el despegue, nos hacen una seña para que subamos y quedo sorprendida ante un compartimento oculto en la bodega que da acceso a una pequeña cabina con cuatro cómodos asientos de cuero, una televisión y un minibar. Nunca te acostarás sin aprender algo nuevo, esta gente entra y sale del país con toda comodidad y delante de nuestras narices, aunque de poco me va a servir esa información.

—Por favor, ni se te ocurra montar un numerito—me recuerda Kim con el gesto muy serio.

Al poco rato, entra un hombre gordo con un gran bigote, en su enorme mano, una pesada bolsa deportiva que deja a su lado antes de saludar a Kim.

—No esperaba verte aquí, Kim, pero haces bien en abandonar el país. El señor Saavedra me ha contado que hay gente intentando acabar contigo por lo de la chica americana esa. Está tratando de indagar quién está detrás y me enviará a hacer un mandado, pero de momento es mejor que estés a salvo—asegura el hombre dejándose caer pesadamente sobre uno de los asientos.

—Te presento a Raúl “el gordo”—expone Kim con una sonrisa como si estuviésemos en una reunión de trabajo—. Raúl, ella es Alicia, una amiga, estaba conmigo en el último ataque y casi no lo cuenta.

Escuchar el nombre de Raúl “el gordo” me hiela la sangre. No le tenemos fichado y no sabía cómo era físicamente, pero todos hemos oído hablar de que sus “mandados” suelen incluir una motosierra que supongo que transporta en la pesada bolsa que reposa a su lado.

—¿Te quedarás con nosotros en Sinaloa?—pregunta el hombre con naturalidad.

—Sigo camino—admite Kim—voy a ver a Marco.

—Una lástima, todavía recuerdo lo bien que lo pasamos en la fiesta que dio el patrón la última vez que estuviste con nosotros y, sobre todo, en la plata que me hiciste ganar cuando le reventaste la cara a aquel pendejo fanfarrón que te retó—reconoce Raúl "el gordo" con gesto orgulloso.

Por suerte, pronto se queda dormido. Ronca como un búfalo pero siempre es mejor que seguir hablando y arriesgarme a meter la pata. Cada vez se hacen más reales las palabras de Kim en el motel, vamos a estar con gente muy peligrosa, y a la más mínima sospecha de que pertenezco al FBI nuestras vidas no valdrán una mierda…y no sería una muerte rápida me temo.

—¿Quieres otro gin tonic? Aún nos queda un buen rato para llegar—susurra Kim tratando de no despertar a nuestro acompañante.

Respondo afirmativamente con la cabeza mientras ella se sirve una Coca Cola y vuelve a sentarse a mi lado. Su rostro está ahora más relajado y nuestras miradas se cruzan en varias ocasiones provocando unos sentimientos encontrados que no sé muy bien como manejar, aunque quizá sea efecto de la ginebra.

A las dos horas Raúl "el gordo" despierta de su siesta y, tras estirarse y bostezar sin taparse la boca, comienza a hablar y hablar sin parar. Casi prefería sus sonoros ronquidos, me quedo callada todo el tiempo, contestando solamente con monosílabos cuando se dirige directamente a mí, tanto que Kim me debe disculpar diciendo que soy muy tímida.

Mientras ambos recuerdan viejas fiestas o buenos negocios que Kim ha facilitado para su patrón como él dice, reflexiono sobre lo absurdo de la situación. Aquí estoy en un compartimento secreto de un avión de carga, huyendo de los Estados Unidos junto a uno de los asesinos más sanguinarios y sádicos que parece un gordito bonachón mientras habla con Kim de sus antiguas peripecias.

Es curioso también el respeto que profesa esta gente por Kim. Para ser organizaciones donde las mujeres no suelen pintar mucho, tanto Big Tony como

nuestro acompañante la respetan casi con veneración, lo que me hace entender que, seguramente, ella también puede ser muy peligrosa si se lo propone.

Tras un viaje mucho más largo y pesado de lo que me hubiese gustado, llegamos a un pequeño aeródromo en la zona de El Rosario. Bajo del avión con el corazón en un puño no solo por la gente con la que nos podemos encontrar, sino porque no llevo identificación aunque pronto comprendo por qué utilizan este aeródromo en el que nadie pide ningún tipo de papeles.

Tras despedirse con un abrazo de Raúl “el gordo”, Kim saluda a un hombre muy bien vestido de poco más de cincuenta años y piel morena que, al parecer, es el padre de Marco Saavedra, la persona con la que fue vista por última vez la chica desaparecida. Posee una elegancia natural sorprendente, ha tenido que ser un seductor irresistible en su tiempo y todavía conserva un atractivo más que notable.

Agradece profusamente a Kim el apoyo que está facilitando a su hijo y le asegura que lo recordará siempre. Mientras nos conduce hacia un moderno jet privado, le asegura que cuando den con la identidad de la persona que haya dado la orden de atacarla, lo pagará muy caro.

Mis ojos se abren como platos al admirar el lujoso interior del Gulfstream G600 que nos sacará del país. Dispone de doce cómodos asientos de cuero y una pequeña mesa, varias televisiones, y una preciosa azafata dispuesta a servirnos todo lo que necesitemos. Kim sigue sin querer decirme nuestro destino final aunque la elección del tipo de avión me indica que está muy lejos de aquí, seguramente en otro continente, así que cuando alcanzamos la altitud de crucero, solicito otro gin tonic a la guapa azafata, esta vez bien cargado y, tras finalizarlo, me quedo dormida.

Capítulo 16

ALICIA

Sobresaltada, despierto de manera abrupta al sentir que el jet privado toma tierra en algún lugar.

—Menuda siesta que te has pegado—bromea Kim—llevas durmiendo horas y horas.

—Joder, lo necesitaba—admito pensando que tiene narices que haya dormido mejor en un avión que en mi cama.

—¿Qué tal tienes las costillas? ¿Necesitas algo para el dolor?—se preocupa Kim señalando mi costado.

—Estoy bien—respondo entre bostezos—¿dónde estamos?

—En Japón.

—¿Japón?—Pregunto con sorpresa mirando por la pequeña ventanilla, a través de la cual observo a varios operarios afanarse por hacer labores de mantenimiento en el avión lo más rápido posible.

—Es solo una escala técnica—explica Kim—no podemos llegar directos hasta Tailandia, ni siquiera con este jet.

Tailandia, joder, debí imaginarlo. Me lleva a su territorio, al lugar donde se siente más segura. Sabe que, quien quiera que esté intentando acabar con su vida no habrá podido seguirle la pista, salvo que los de Sinaloa estén jugando a dos bandas, pero la reacción de Saavedra no lo indicaba.

—¿Cuánto nos queda?—pregunto por curiosidad, aun sabiendo que en el avión estoy más segura que en tierra.

—Otras seis horas o así, suponiendo que no nos pongan problemas para despegar, que espero que no—aclara Kim.

—¿He de suponer que en Tailandia no nos van a pedir ninguna documentación a pesar de ser nuestro destino final?—inquiero intrigada.

—Supones bien. Esa es la parte sencilla junto a la de México. Lo complicado era salir de los Estados Unidos y ahora de Japón, aunque sea simplemente una parada técnica—explica mirando por la ventanilla con interés.

Se me pasa por la mente empezar a gritar pidiendo ayuda. No me puede disparar aquí y, sin duda, es la mejor oportunidad que voy a tener de huir. De hecho, es una oportunidad muy clara para hacerlo ya que sus opciones son muy limitadas.

Un torrente de adrenalina recorre mi cuerpo mientras pondero las opciones. Kim está muy distraída mirando por la pequeña ventanilla del jet privado, atenta a las labores de mantenimiento y a si se produce algún problema con la documentación del avión. Sin duda, este sería un buen momento para intentarlo.

—Una vez que lleguemos a Tailandia quiero enseñarte algo, ya estoy cansada de todo este asunto de Sofía Bartow, me está causando muchas pérdidas económicas y, si no llegas a intervenir, me hubiese costado la vida. Mientras dormías, he reflexionado sobre ello y he hablado con Marco Saavedra y con su padre. Una vez que valores lo que tengo que enseñarte, eres libre de irte y hacer con esa información lo que estimes oportuno—asevera ante mi sorpresa justo cuando estaba pensando en mi plan de fuga.

Joder, me acaba de dejar de piedra, ahora mismo no sé lo que hacer, mi mente es un auténtico avispero de ideas encontradas. Ahora es el momento de fugarme, en Tailandia no tendré ninguna oportunidad. Por otro lado, mi misión es encontrar a la chica desaparecida, y su anuncio de que me enseñará algo importante y me dejará libre me descoloca.

—¿Podré irme? ¿Ya no pretendes matarme?—pregunto confusa incorporándome sobre el sillón de cuero del jet.

—Tú eres gilipollas, de verdad—responde negando con la cabeza con un bufido—. Si quisiera matarte, ya lo habría hecho. Te he dicho que no soy una asesina, al menos si puedo evitarlo, y me has salvado la vida, considera zanjado el favor, aunque debería matarte por haber jugado con mis sentimientos.

—Kim, yo…

—¡Déjalo!—interrumpe alzando su mano.

Mierda, supongo que dice la verdad. En territorio de Estados Unidos no hubiese sido muy conveniente asesinar a una agente del FBI, pero nadie sabía que estaba en Sinaloa. Si les hubiese contado a los hombres de Saavedra que era del FBI y que estaba detrás de la desaparición de Sofía Bartow, ahora mismo estaría siendo desmembrada por la motosierra de Raúl “el gordo”.

En cambio, Kim me sacó del país delante de sus narices con el riesgo que para ella representaba, por mucho que mantengan muy buenas relaciones.

En cuanto a lo de jugar con sus sentimientos, es en parte cierto. No voy a negar que mi principal motivación era sacarle información, pero eso no incluía en ningún momento irnos a la cama. Cuando presionó mi cuerpo con el suyo contra la furgoneta tras la carrera de motos, mis piernas temblaban de verdad. Y ninguno de los orgasmos que me regaló fue fingido.

—¿Estarías dispuesta a dejarme libre?—pregunto incapaz de entender su motivación.

—¿Me explico muy mal o los golpes han afectado tu capacidad para comprender el lenguaje?—responde Kim haciendo una mueca de disgusto.

—Es que no sé qué mierda de mafiosa eres para dejar libre a una agente del FBI que conoce tu identidad y que ahora tiene suficientes pruebas como para saber que Marco Saavedra y su padre están detrás del secuestro de Sofia Bartow —replico agitada y arrepintiéndome nada más terminar la frase.

—Me parecías mucho más lista antes, aunque quizá es porque mientras follábamos no tenías mucha conversación—espeta Kim poniendo los ojos en blanco—. Te he dicho que te soltaré en cuanto valores lo que tengo que enseñarte; Marco Saavedra está de acuerdo porque a su padre también le está ocasionando muchos problemas la mierda esta de Sofía. Luego, tú verás lo que haces con esa información, eres libre de marcharte y seguir los dictados de tu conciencia, si es que la tienes.

—¿Podría salir del país y volver a los Estados Unidos?—insisto intentando asegurarme.

—Joder, te prefería dormida. ¿Quieres que la azafata te traiga otro gin tonic a ver si duermes? ¿O le pedimos que te folle mientras terminas la botella, porque ya he visto cómo la mirabas—reprocha Kim apartando los ojos.

—Solo quería estar segura porque me extrañaba—explico encogiéndome de hombros. Decido ignorar la parte de la azafata porque no puedo negarlo, incluso dejo pasar la oferta del gin tonic—. ¿Qué garantía tengo de que harás lo que dices?

—Mi palabra—contesta Kim algo seca.

—Me gustaría tener algo más—admito alzando las cejas.

—¿Quieres que te firme un puto contrato? ¿Luego lo llevamos a un notario y lo elevamos a público? En mi negocio, la palabra vale más que la tinta y el papel, una vez que la rompes, estás muerta. Vivo de mi reputación, quizá tú no estás acostumbrada a ese tipo de cosas—se defiende Kim enojada.

Levantando ambas manos, le hago una seña de que no quiero discutir y acepto sus condiciones sabiendo que no tengo muchas opciones salvo jugármela ahora mismo, siendo consciente de que es mi última esperanza de llegar al fondo de este caso.

Capítulo 17

ALICIA

Cuando Kim me decía que aterrizar en Tailandia sería la parte fácil, no se equivocaba. El jet privado toma tierra en un aeródromo pequeño, pero bien equipado donde, al pie del avión, nos espera un Mercedes negro en el que un chófer nos saca de allí en un abrir y cerrar de ojos sin pasar por ningún tipo de control.

—Bienvenida a la isla de Koh Samui—expone Kim mientras el vehículo circula por una sinuosa carretera secundaria rodeada de vegetación tropical.

Asiento con la cabeza observando el tranquilo paisaje, en el que apenas nos hemos cruzado con un par de pequeñas motocicletas hasta que llegamos a una zona un poco más transitada.

—Esta noche nos quedaremos en una casa que tengo cerca de la playa de Bophut, en el norte de la isla, y mañana haremos una visita a Marco Saavedra en Choeng Mon para que conozcas la verdad sobre el asunto de Sofía Bartow—explica Kim en tono pausado.

Simplemente asiento de nuevo con un leve gesto y continúo mirando el paisaje por la ventanilla sin prestarle más atención, sin demasiadas ganas de entablar conversación.

—Antes eras más habladora—deja caer Kim con un pequeño bufido.

—Es que ahora estoy secuestrada—respondo haciendo una mueca—lo último que me faltaba es tener que ser simpática contigo.

—No estás secuestrada, estás retenida hasta mañana—tercia Kim sin perder la calma.

—Es lo mismo—me quejo.

—No, no es lo mismo, y es por tu seguridad—insiste—no quiero que montes ningún numerito hasta que valores lo que tengo que enseñarte sobre Sofía Bartow. Supongo que podrás esperar un día, ¿no?

—¿Por qué no me lo dices ya y acabamos con toda esta mierda? Así puedo marcharme, que ya no tengo edad para juegos—refunfuño con un gesto de disgusto.

—No me creerías, debes verlo con tus propios ojos, prefiero que obtengas la información de primera mano. Luego, tienes mi palabra de que eres libre de ir donde quieras. Te proporcionaré un teléfono móvil para que te pongas en contacto con tu embajada o con el FBI y podrás marcharte—interrumpe tratando de acariciar mi brazo derecho antes de que me aparte con un gesto brusco.

El Mercedes negro nos lleva a una preciosa y tranquila playa que Kim me informa que se llama Bophut donde nos espera una mesa magistralmente puesta en la propia arena.

—Espero que tengas hambre—apunta mi captora—me he tomado la libertad de reservar una mesa en la playa, en este lugar preparan los mejores platos de la gastronomía Thai.

Simplemente respondo con un gruñido tomando asiento en la mesa mientras Kim habla con un atento camarero, supongo que ordenando la cena para ambas.

Reconozco que, en condiciones normales, sería la cena romántica perfecta. El entorno de la playa es sencillamente espectacular, un remanso de paz al calor del sonido de las olas del mar con el horizonte empezando a teñirse de un rojo precioso.

Pero un secuestro dista mucho de ser condiciones normales y, por mucho que se esté empeñando en parecer simpática, Kim sigue siendo una peligrosa delincuente con la que prefiero tener el mínimo trato posible y a la que espero no volver a ver en cuanto obtenga una pista fiable sobre la chica desaparecida.

La verdad es que se lo han currado para crear el ambiente, estamos separadas del resto de las mesas y rodeadas de pequeñas antorchas, lo que da un ambiente de privacidad y romanticismo único en el peor momento posible.

—Es una sopa Tom Yum Goong—explica Kim señalando el plato que el camarero acaba de dejar frente a mí, aunque yo estoy más interesada en el gin tonic que le acompaña.

Sonríe mientras degusto una deliciosa sopa de gambas con tomate, setas y

chile, algo picante pero muy reconfortante, y el cielo se tiñe de un rojo espectacular.

Tras la sopa, nos sirven un plato de carne que según Kim se llama Massaman Curry, originario del sur de Tailandia y acompañado de patatas y arroz. La salsa de curry, con base de cacahuetes, es muy diferente a las que he probado en la cocina de la India a la que Cat era muy aficionada.

Mientras disfrutamos de un espectáculo de juegos malabares con fuego a unos metros escasos de nosotras, Kim se acerca un poco más a mí y toma mi mano derecha entre las suyas. La retiro con un rápido gesto de asco recordando quién es y en las condiciones en que me encuentro. He de reconocer no obstante que, durante los primeros instantes, al sentir su cálida mano sobre mi piel, he tenido que hacer un esfuerzo para que un suspiro no se escapase de mi boca.

La suculenta cena me reconforta, o quizá sean los gin tonic que la acompañaron, el caso es que me siento a la vez más relajada y esperanzada, deseando que pase la noche y pueda acceder a las supuestas pruebas sobre la desaparición de Sofía Bartow para marcharme de una jodida ves de este sitio.

Mientras conducimos hacia su casa, Kim me cuenta algo sobre una villa típica de pescadores y un gran templo de Buda que se encuentran en los alrededores, aunque mi cabeza está ocupada con los recuerdos del sufrimiento de la madre de la chica desaparecida y con la remota esperanza de encontrarla con vida.

KIM

Tomamos tierra en un pequeño aeródromo en la isla de Koh Samui que suelo utilizar para descansar sin llamar la atención y donde se encuentra mi amigo Marco Saavedra. Le visitaremos al día siguiente acabando de una jodida vez con el asunto de Sofía Bartow.

Afortunadamente, la pericia del piloto es más que notable, porque las dimensiones de este aeródromo son diminutas. La frondosa vegetación que lo rodea y le hace pasar desapercibido representa también un peligro para el aterrizaje de un avión más grande de los que suelo utilizar.

El Mercedes negro que nos llevará a mi casa ya nos espera en la pista de aterrizaje con el aire acondicionado puesto para aliviar el calor y la humedad de la isla y pronto circulamos por una carretera secundaria rumbo a la playa de Bohput donde he mandado preparar la cena.

—Bienvenida a la isla de Koh Samui—informo a Alicia con mi mejor sonrisa.

Ella no se digna ni a dirigirme una mirada, simplemente asiente con la cabeza sin apartar los ojos de la ventanilla del coche como si la desierta carretera por la que transitamos tuviese algo de particular.

—Esta noche nos quedaremos en una casa que tengo cerca de la playa de Bophut, en el norte de la isla, y mañana haremos una visita a Marco Saavedra en Choeng Mon para que conozcas la verdad sobre el asunto de Sofía Bartow—le explico en el tono más agradable que soy capaz.

De nuevo, no me hace ni caso, no desvía la mirada ni un solo momento de la carretera.

—Antes eras más habladora—dejo caer con un pequeño bufido de desesperación en vista de que me ignora.

—Es que ahora estoy secuestrada—responde agitada—lo último que me faltaba es tener que ser simpática contigo.

—No estás secuestrada, estás retenida hasta mañana—le explico tratando de

no perder la calma.

—Es lo mismo—se queja Alicia con un gesto de disgusto.

Por más que le insisto en que simplemente está retenida por su seguridad para asegurarme de que no hace ninguna tontería antes de que le muestre la verdad, Alicia no atiende a razones.

Estoy deseando finalizar de una vez por todas con el asunto de Sofía. El capricho de Marco está acabando conmigo, somos muy buenos amigos, pero una cosa es la amistad y otra el negocio y esto está afectando notablemente a mis ingresos.

Eso sin contar con que han intentado asesinarme dos veces antes de salir de los Estados Unidos. Sin embargo, por su seguridad, no puedo permitir que Alicia cometa una estupidez antes de que lo vea con sus propios ojos, luego solo espero que haga lo correcto.

He mandado preparar una mesa dentro de la propia playa alejada del resto de los comensales para que podamos estar tranquilas, rodeada de pequeñas antorchas para ayudar a darle un ambiente más íntimo antes de disfrutar juntas de las maravillosas puestas de sol que se pueden observar desde la playa de Bohput.

A pesar de que llevamos casi dos días viajando sin ni siquiera cambiarnos de ropa o darnos una ducha, Alicia está preciosa. Las largas horas de sueño reparador que se pegó en el avión hasta que llegamos a Japón han borrado sus ojeras, aunque me preocupa que se siga quejando de las costillas. Intentaré que, por precaución, se deje ver por un médico antes de que se marche y no vuelva a verla nunca más.

Una vez que el cielo se tiñe de rojo, el entorno es espectacular, de una sensualidad sublime, si bien cualquier intento por mi parte de acercarme a Alicia viene acompañado de un gruñido o un gesto de desprecio por la suya.

Al menos, parece que disfruta de la sopa Tom Yum Goong que le han preparado y de los gin tonic que la acompañan. Entiendo que lo ha debido de pasar muy mal cuando su novia murió desangrada entre sus brazos, tiene que ser una escena de esas que se te quedan grabada en la mente para siempre. Sin embargo, debería hacer un esfuerzo para dar un paso adelante. Olvidarlo no

podrá nunca, pero debe seguir con su vida y me temo que empieza a beber demasiado.

Mientras disfrutamos de un espectáculo de juegos malabares con fuego a unos metros de nosotras, me acerco un poco más a ella. Joder, no sé qué me pasa, pero, aun sabiendo que venimos de mundos opuestos, empiezo a sentir algo por esta mujer difícil de manejar.

Instintivamente, tomo su mano derecha entre las mías, derritiéndome al sentir su piel. El rápido gesto de Alicia retirándola como si acabase de tocar una brasa ardiendo me recuerda que lo nuestro, fuese lo que fuese, se ha acabado y no me dará ninguna oportunidad.

Cuando nos conducen a mi casa, deseando darme una ducha y dormir en una cama de verdad, doy vueltas en mi cabeza ponderando cómo hacerla comprender que solamente la estoy protegiendo, simplemente la estoy manteniendo con vida hasta que mañana vea con sus propios ojos la verdad, aun sabiendo que será el último día que estaremos juntas.

Capítulo 18

ALICIA

Me despierta el ladrido de un perro a las afueras de la casa y, por unos instantes, no soy consciente de dónde me encuentro. Abro los ojos y no sé si me duelen más las costillas o la cabeza. Lo de las costillas por el jodido rodillazo de Kim, que no se me acaba de pasar. El dolor de cabeza, imagino que por una mezcla entre los gin tonics de anoche y el jet lag.

Deambulo por la casa buscando algo de comer, vestida solamente con la camiseta que llevo puesta los dos últimos días y en bragas, esperando no encontrarme a otra persona que no sea a Kim.

—Buenos días Bella durmiente—saluda desde la mesa de la cocina según entro en ella.

Le devuelvo el saludo con un gesto de cabeza, sin contestar, cuanto menos hable con ella mucho mejor. Hoy se supone que acabamos con sus juegos, que me dará la pista que necesito sobre el paradero de la desaparecida Sofía Bartow y no volveré a verla nunca más.

—Veo que sigues de buen humor—bromea en tono irónico.

Dudo entre contestarle un “vete a la mierda” o un “que te den por el culo”, pero opto por no hacer ninguna de las dos cosas y mantener un tono lo suficientemente civilizado no vaya a ser que cambie de idea y me quede sin pista.

—Puedes mirar en mi armario algo de ropa, es posible que encuentres alguna prenda que te quede bien—indica señalando su dormitorio—. ¿Quieres que te prepare un té?

De nuevo asiento con un gesto de cabeza mientras me dirijo a su habitación en busca de alguna prenda que me pueda servir. Soy algo más alta que ella y de hombros más anchos, pero con el calor que hace en este sitio, no me cuesta elegir algo informal que combine lo suficientemente bien como para no tener que vestir por tercer día consecutivo la misma ropa.

Ya cambiada, me siento junto a ella en la cocina mientras me sirve un té de

jazmín que huele de maravilla. Rodeo con mis manos la taza dejando que su calor me reconforte, con mi cabeza convertida en un avispero. En vano, trato de adivinar las distintas posibilidades sobre el paradero de Sofía Bartow y espero que la pista que supuestamente me van a dar me lleve a encontrarla con vida.

—¿Estás lista?—pregunta Kim en cuanto observa que he terminado mi taza de té.

—Vamos, cuanto antes terminemos, mejor para todos—admito en tono seco.

En apenas veinte minutos, el coche negro de ayer nos conduce hasta la playa de Choeng Mon, a un pequeño chalet con unas fuertes medidas de seguridad que imagino que es donde habita Marco Saavedra, heredero de uno de los jefes de Sinaloa y habitual de las fiestas nocturnas de Los Ángeles, Chicago y Nueva York.

Los dos hombres armados del portón nos permiten la entrada mientras observo varias cámaras de seguridad vigilando todo el perímetro de la finca. En cuanto el vehículo se detiene, aparece Marco Saavedra que saluda efusivamente a Kim con un fuerte abrazo y le comunica algo que no soy capaz de entender antes de dirigirse a mí.

—Así que esta es la agente del FBI—expone Saavedra mirándome de arriba abajo y helándome la sangre.

—Esta es—admite Kim.

—Siento que este asunto se haya torcido, Kim. Te lo compensaremos, te lo aseguro, sabes que lo que has hecho es muy importante para mí—continúa Saavedra dirigiéndonos a una zona de sillones en la piscina.

En cuanto tomamos asiento, una chica tailandesa nos pregunta si queremos beber algo y, con una rapidez asombrosa, vuelve con una cerveza para mí y una Coca Cola para Kim. Esta vez prefiero no pedir un gin tonic en vista de que son las once de la mañana hora local y con el dolor de cabeza que tengo, solo lograría empeorar las cosas.

—Así que el FBI está investigando la desaparición de Sofía—interviene nuestro anfitrión dirigiéndose a mí en cuanto nos quedamos solos.

Asiento midiendo cada palabra que sale de mi boca, teniendo especial cuidado en asegurarles que lo único que pretendemos es encontrar con vida a la chica desaparecida y que en ningún caso se sospecha de los hombres de su padre, de él o de Kim. Lo último que necesito es que las cosas se tuerzan, por mucho que me haya asegurado Kim que hoy seré libre.

Saavedra me mira con curiosidad, intercambiando miradas de vez en cuando con Kim hasta que, de pronto, casi me atraganto con la cerveza. Me da un vuelco al corazón al observar con mis propios ojos a Sofía Bartow, en perfecto estado de salud, acercarse a nosotros con un Martini en la mano y sentarse junto a Saavedra antes de plantarle un cariñoso beso en los labios.

Los miro con los ojos como platos sin entender nada de lo que estoy viendo antes de dirigirme a ella en tono severo.

—Sabes que tu familia está desesperada buscándote, ¿verdad?—le reprocho muy enfadada, incapaz de entender por qué esta chica se ha fugado con su novio sin decir nada, movilizando al FBI en su búsqueda y casi consiguiendo que yo pierda la vida.

—Imagino que estás pensando que es solamente un capricho de niña rica rebelde que se fuga con su novio, pero no es así—se defiende Sofía Bartow al ver mi cara de cabreo.

—La parte de tu novio sí—añade Saavedra besando su cuello—pero ha desaparecido para salvar su vida.

—Ilumíname. Espero que haya una explicación razonable—me quejo con un bufido—porque me he jugado la vida por encontrarte y tu madre y tu tío están desconsolados.

Sofía lanza una rápida mirada a Kim como pidiendo permiso para seguir hablando, con un gesto entre vergüenza, rabia y culpa.

—Creo que debes contárselo, Sofía, es nuestra mejor opción para acabar con esto. Confío en Alicia y sé que hará lo correcto sin revelar tu paradero—comunica Kim ante mi sorpresa.

A pesar de sus palabras, la supuesta chica desaparecida, duda por unos instantes en si seguir hablando hasta que Saavedra la estrecha entre sus brazos

animándola a hacerlo.

—He tenido que desaparecer para salvar mi vida—confiesa Sofía bajando la mirada con miedo—. Si no llega a ser por Marco y por Kim, ahora mismo estaría muerta. Siento los problemas que he causado, pero no ha sido por mi culpa.

—Por favor, ¿puedes explicarte?—pregunto incluso dudando de que pueda tratarse del Síndrome de Estocolmo.

Sofía Bartow vuelve a mirar a Kim y, a continuación, a Marco Saavedra que asiente con la cabeza dándole ánimos mientras acaricia su hombro derecho.

—Cuando terminé la facultad entré a trabajar en la empresa farmacéutica de la familia, para seguir con la tradición. Mi padre había muerto unos años antes y, aunque pueda no ser muy justo, pronto me encontré en un puesto muy alto dentro de la empresa, más de lo que merecía—admite Sofía empezando a contar su historia.

Asiento con la cabeza y sonrío para animarla a hablar al tiempo que pido otra cerveza.

—Hace tres meses, una compañera de trabajo con la que había hecho mucha amistad vino a verme muy alarmada. Me contó que había descubierto algo muy grave, aunque solo me lo podía relatar en un lugar privado y seguro—recuerda Sofía mientras sus ojos empiezan a llenarse de lágrimas.

—Tranquila, cariño, ahora estás a salvo—le asegura Saavedra besando su cuello con ternura.

—Quedamos en mi apartamento y lo que me contó, me dejó de piedra. La empresa de mi familia llevaba años falsificando los resultados de los ensayos clínicos de algunos de los medicamentos más importantes que fabricamos. Habían tapado varios casos de efectos secundarios muy graves, incluso de muertes. Ambas estuvimos pensando qué hacer, así que decidí hablar con mi tío, el presidente de la empresa, no sin antes hacer copias de toda la información y guardarlas en un lugar seguro—reconoce Sofía en un claro gesto de dolor.

—¿Habéis hecho copia de todo?—pregunto con asombro.

—No de todo, de las falsificaciones en tres de los principales medicamentos,

es posible que el proceso se repitiese en otros, no lo sé—me asegura mordiendo su labio inferior.

—¿Y qué te dijo tu tío?

—Al principio, lo negó todo, pero cuando le presioné y le dije que había visto los resultados, se puso hecho una fiera, estaba fuera de sí y empezó a decir que era necesario, que tampoco era tan grave y que pondría en peligro miles de puestos de trabajo si esa información llegaba a ver la luz, además de la fortuna y el prestigio de nuestra familia. Me aseguró que mi padre no solo estaba al corriente, sino que estaba implicado y mancharía su memoria—confiesa Sofía rompiendo a llorar.

—Tranquila, tómate tu tiempo—susurro inclinándome hacia adelante para acariciar su rodilla.

—Reconozco que durante un tiempo no fui capaz de hacer nada—continúa Sofía rompiéndose por dentro—pero cuando mi amiga murió, supe que la situación se estaba poniendo muy peligrosa y decidí huir con Marco ayudados por Kim que nos acogió en esta isla.

—Espera, vamos por partes—interrumpo sin conseguir que me cuadren parte de los datos—. ¿Cómo murió tu amiga y por qué sabían que era ella? Alguien se lo tuvo que haber dicho.

—No era muy complicado atar los cabos y llegar a la conclusión de que había sido ella—admite Sofía entre sollozos—. Era de las pocas personas que tenía acceso a esos datos y mi mejor amiga dentro de la empresa, con el resto de gente con acceso a esa información apenas me trataba. La versión oficial es que murió de un infarto, pero tenía veintisiete años y se cuidaba muchísimo, somos una empresa farmacéutica, no es complicado preparar un producto que cause una parada cardiaca.

—Así que, al morir tu amiga, supusiste que había sido un asesinato y te fugaste de los Estados Unidos con Marco Saavedra, que entiendo que estás saliendo con él, ¿no?—pregunto tratando de atar los cabos.

—Llevábamos unos meses saliendo con el consiguiente enfado de mi familia que, por supuesto, contrataron una agencia de detectives privados para investigarle como habían hecho con mis anteriores parejas, al menos a los que no

conocían personalmente. Casi les da algo al enterarse a lo que se dedica el padre de Marco—reconoce Sofía Bartow girándose para besar al joven Saavedra.

—Mira, Sofía, no quiero parecer insensible ni nada de eso, entiende que solo estoy haciendo mi trabajo, pero esto parece simplemente un caso en el que te has largado con tu novio a una isla paradisiaca porque tu familia no lo acepta—asevero para presionarla y observar su reacción—y por el camino has montado un lio de tres pares de narices.

—Eso podría parecer desde fuera—concluye ella—si no fuese porque tengo en mi poder las pruebas de lo que ha pasado y, según nos cuentan, mi tío ha convencido a mi madre de que Marco y su padre me han secuestrado. Eso sin contar con que están intentando deshacerse de Kim a toda costa y…

—¿Tienes las pruebas? ¿Podría verlas?—interrumpo alzando las cejas.

Sofía vuelve a mirar a Kim, como pidiendo su opinión y, cuando asiente con la cabeza indicando que no hay problema, se levanta y entra en la casa, saliendo al poco tiempo con un dosier que me entrega suspirando.

—Por lo que hay aquí ha muerto mi amiga—se lamenta acercándome el dosier.

No entiendo ni poco ni nada de la parte técnica de los ensayos clínicos en humanos, pero sí lo suficiente como para saber que la FDA jamás aprobaría un ensayo con esas tasas tan elevadas de complicaciones. Al comparar los ensayos originales con los oficiales que se entregaron a las autoridades sanitarias se me hiela la sangre. No se parecen en nada, se presentaron unos ensayos completamente falseados haciendo que los medicamentos pareciesen totalmente seguros.

Dos de esos medicamentos ni siquiera los conozco, pero el tercero es de lo más común, uno de los más vendidos en el país que incluso yo he tomado varias veces. No salgo de mi asombro, realizo pregunta tras pregunta a Sofía en un intento por comprender que ella responde con paciencia, sentándose a mi lado para explicarme con todo detalle dónde y cómo se cometió el fraude.

Creo que me he quedado pálida, me quedo mirando los papeles sin saber cómo reaccionar, comprendiendo ahora la reacción de esta chica al huir del país. Si esta información sale a la luz, su tío y varios altos directivos de la empresa

farmacéutica de su familia irán a la cárcel. Eso sin contar con el descrédito para su familia y las consecuencias económicas para los accionistas y los trabajadores de la empresa que tendría que enfrentarse a una millonada entre multas e indemnizaciones.

—¿Tu padre estaba implicado?—pregunto con un hilo de voz.

—En uno de los ensayos sí—confiesa estremeciéndose de dolor.

Instintivamente, llevo mi mirada a Kim que me observa muy seria antes de dar un nuevo trago a su Coca Cola.

—Sabéis que tengo que dar parte de todo esto, ¿verdad?—inquiero con preocupación encogiéndome de hombros.

—Tan solo quiero que se acabe y se haga justicia—balbucea Sofía Bartow abrazándose a su novio.

—Te he prometido que serías libre para hacer con la información lo que creyeses más conveniente—asegura Kim abriendo las manos—pero piensa que se están moviendo intereses muy importantes, mira a ver en quién puedes confiar.

Saavedra nos invita a comer en su casa para poder seguir hablando del tema, mientras mi cabeza da vueltas sin parar sobre cómo plantear un caso que ha dado un giro de ciento ochenta grados, pasando de ser un secuestro a un fraude económico a gran escala con al menos un asesinato y varios intentos.

Durante la comida, les aseguro que puedo confiar en Bill McGrath, mi superior directo. Realmente, es la única persona en la que confío, la muerte de Cat en mis brazos en aquella emboscada ha conseguido que tenga un problema serio aceptando la autoridad, pero creo que Bill no me defraudará. Una disculpa a Kim tampoco vendría mal en estos momentos.

Capítulo 19

ALICIA

Regresamos a la casa de Kim en Bohput casi sin mediar palabra, en mi caso, ponderando cómo voy a enfocar el extraño giro que ha dado el caso ante mi superior. En el de Kim, no lo sé, imagino que esperanzada de que este asunto se pueda solucionar y decepcionada conmigo por ser tan gilipollas.

Saavedra y Sofía Bartow nos siguen en otro coche junto a sus guardaespaldas, pasarán un par de días en la casa de Kim ya que están empeñados en conocer de primera mano la respuesta del FBI a su caso cuando consiga hablar con ellos.

Lo cierto es que empiezo a entender a Sofía a pesar del lio que ha montado con su desaparición. Las acusaciones son extremadamente graves, tanto como para temer por su vida. Es una chica que, en cuanto la empiezas a conocer, le coges cariño. A pesar de haberse criado con todo tipo de ventajas materiales, no ha tenido una vida fácil por la extrema competitividad de una familia en la que cada miembro lucha por destacar sobre los demás y en la que abundan las mentiras y los secretos.

Sobre las seis de la tarde, entra en la casa un hacker chino que trabaja a veces para Kim. Será él quien se encargue de montar una red segura que rebotará la señal a través de multitud de nodos en todo el mundo para que el FBI no pueda rastrearla a pesar de su tecnología. Les he asegurado que nos podemos fiar de Bill, pero esta gente no se fía ni de ellos mismos.

—Atención. Uno, dos, tres, ahora—indica el hacker chino chapurreando un inglés difícil de entender y haciendo un gesto con el dedo para que haga la llamada.

Mientras llamo, doy gracias de tener buena memoria y recordar el número del segundo teléfono de Bill porque, hoy en día, con esto de tener todos los teléfonos en la agenda del móvil cada vez recordamos menos números.

—Sí—contesta con sequedad mi superior al otro lado de la línea sin identificarse.

—Bill, soy yo—anuncio.

—¿Alicia? Joder, pensaba que estabas muerta. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás?—pregunta Bill sorprendido.

—No te puedo dar mi paradero. Estoy bien y a salvo pero tengo novedades sobre el caso de la desaparición de Sofía Bartow—le comunico en modo críptico.

—Soy todo oídos—apunta Bill para que le ponga al día.

Daría cualquier cosa por poder ver su cara de sorpresa en estos momentos, supongo que igual que la mía cuando he visto que Sofía Bartow no solo estaba vivita y coleando, sino que se encontraba en perfecto estado y encantada de la vida con su novio.

El cabreo inicial cuando le cuento que la chica no ha sido secuestrada sino que se ha fugado con Marco Saavedra se transforma en sumo interés según le voy relatando la verdadera razón por la que lo ha hecho.

—¿Tienes pruebas de todo lo que estás diciendo?—pregunta confuso mi superior.

—Te lo estoy enviando a tu correo por una línea segura—respondo mientras le envío un archivo con una copia de los documentos que Sofía Bartow tiene guardados.

—Si tienes razón, es un caso gravísimo—reconoce Bill—la farmacéutica sufrirá cuantiosas pérdidas en bolsa y los directivos implicados acabarán en la cárcel. No me extraña que la chica se diese a la fuga.

—Bill, confío en ti, hay mucho en juego y es posible que traten de detener la investigación, la familia de esta chica es muy poderosa—expongo con preocupación.

—Puedes estar tranquila, tengo un buen amigo muy arriba en la FDA, estará encantado de conocer los detalles—admite mi superior con orgullo—. Así que hemos pasado de un supuesto secuestro que querían cargar a los hombres de Saavedra a un fraude farmacéutico a gran escala con falsificación de los ensayos clínicos y un posible asesinato.

—Así es, y varios intentos porque a mi acompañante y a mí nos dispararon

dos veces—confieso recordando los tiroteos.

—De eso quería hablarte si tienes tiempo, la policía ha encontrado a un hombre muerto con el arma que habías solicitado para esta misión, la Walther de 9 milímetros Parabellum de diecisiete disparos, en un callejón en la zona del East Side.

—He sido yo—interrumpo—no he tenido otro remedio.

—No te preocupes, tendrás que hacer algo de papeleo cuando vuelvas, pero era un sicario en busca y captura con numerosos antecedentes, no se trataba de ningún angelito—reconoce Bill—. Hablando de volver, preferiría que te quedes donde estés hasta que las cosas se aclaren. Llámame en un par de días y te informo, ¿es posible?

Al escuchar la pregunta, desvío instintivamente la mirada hacia Kim que me hace una seña levantando el pulgar y asintiendo con la cabeza indicando que no hay problema.

—De acuerdo, Bill, te llamo a este número en un par de días, muévelo con cuidado—le recuerdo antes de colgar el teléfono.

Durante la cena, Sofía parece mucho más relajada, como si se hubiese quitado una gran losa de encima a pesar de que todavía no sabemos cómo acabarán las investigaciones.

—¿Crees que deberé testificar en un juicio?—me pregunta mientras clava el tenedor a un magnífico trozo de carne que el cocinero de Kim ha preparado.

—Los datos hablan por sí solos—reconozco para tranquilizarla—. Visto cómo se las gasta tu tío, lo mejor es que permanezcas aquí un tiempo hasta que salga la sentencia y las cosas se calmen. Lo que sí deberías es llamar a tu madre en cuanto sepamos algo más para que esté tranquila y que el FBI y la policía puedan cerrar el caso de desaparición.

—Siento todo el trastorno que he ocasionado—se lamenta en tono sincero.

—Estaba justificado, cariño—responde Saavedra estrechándola entre sus brazos y cubriéndola de besos—. En cuanto tu madre se entere de que estás viva todo volverá a estar bien, incluso la agente especial Walker volverá como una

heroína por resolver tu desaparición y, de rebote, un caso de fraude farmacéutico a gran escala.

—¿Y la empresa? Los accionistas perderán mucho dinero y habrá despidos—reconoce Sofía bajando la cabeza apesadumbrada.

—A corto plazo será un golpe bastante serio—le explico—pero quizá a largo plazo vuestra empresa se vea reforzada al ser percibida como más transparente.

—Aquí solo sale perdiendo la pobre Kim—bromea nuestra anfitriona haciendo una mueca y sacando una carcajada de todos nosotros.

—No del todo, he hablado con mi padre y está muy contento con el resultado. Te ha enviado una transferencia en Monero como compensación, a estas alturas debes de tenerla ya en tu monedero.

—No hables de esas cosas delante del FBI—apunta Kim entre risas sacando su teléfono móvil para comprobar la transacción—. Joder, tu padre ha sido muy generoso, muchas gracias, Marco.

—Es lo menos que podía hacer, está encantado con su futura nuera—añade Saavedra con un nuevo beso a su novia—. Te pide también disculpas por dudar de tus planes involucrando a la agente Walker.

—Haré como que no estoy delante—añado divertida levantando las manos y negando con la cabeza—y deberíais celebrar cuando el caso se cierre. Por cierto, ¿por qué la transferencia en Monero?

—Vaya, vaya, la agente del FBI nos quiere interrogar—bromea Saavedra.

—El Monero es una criptomoneda totalmente privada e intrazable, no como el Bitcoin que la gente se cree que es anónima y es solamente seudónima, puede seguirse su pista a través de los distintos monederos y tienes que andar con operaciones de *shuffle* para blanquearlo que son un engorro. Con Monero es imposible demostrar quién envió la transacción porque todos los remitentes son equiprobables y los envíos carecen de enlaces—explica Kim con la facilidad de una ingeniera informática.

—Tiene que ser útil para vosotros—admito alzando las cejas.

—Mucho mejor que los maletines de hace unos años—ríe Saavedra—pero si quieres más datos, mejor le preguntas a tus compañeros de delitos informáticos.

Mientras tomamos una copa tras la cena en un ambiente relajado, me maravillo de lo que ha cambiado la situación en apenas unas horas. He pasado de estar secuestrada y temiendo por mi vida a cenar tranquilamente con unos delincuentes. De buscar a una chica desaparecida a encontrarme por casualidad un fraude farmacéutico. La vida, a veces, da tantas vueltas que nunca cesa de sorprenderte.

Capítulo 20

KIM

Ha vuelto a ser la Alicia de antes, más relajada tras hablar con su superior, la misma mujer que consigue que me tiemblen las piernas solo de mirarla y no hay muchas que lo hayan conseguido. Esa personalidad tan fuerte, rayando a veces en la chulería, esa combinación de mujer dura y atormentada al mismo tiempo es una mezcla difícil de ignorar. Si le añadimos un cuerpo de infarto, bien definido con horas y horas de gimnasio, mi obsesión por ella empieza a estar justificada.

En la cama, mi mano se desliza por debajo del pantalón del pijama recorriendo mi pubis hasta llegar a sentir la humedad entre mis piernas mientras pienso en ella. Mis dedos avanzan por mi sexo, presionando la entrada de mi vagina y logrando que se me escape un ligero suspiro al imaginar que son los suyos los que me acarician.

—¿Puedo entrar?—interrumpe Alicia llamando a la puerta de mi dormitorio.

Mierda, me subo el pantalón a toda prisa, tratando de recuperarme del susto que me acaba de dar con su interrupción, pensando en que no sé si matarla por estropear ese momento o alegrarme porque haya venido.

—No estabas dormida, ¿no?—pregunta al entrar por la puerta.

Joder, está preciosa, iluminada solo por la luz de la luna que se cuela por la ventana y refleja unas curvas perfectas haciéndola parecer una especie de diosa.

—Estaba todavía despierta, ¿necesitabas algo?—pregunto sorprendida de verla en mi dormitorio a las dos de la madrugada y sin poder explicarle por qué estaba todavía despierta.

—No podía dormir y quería hablar contigo.

—¿Otra vez tus pesadillas? ¿Quieres que te abrace mientras duermes?—interrumpo bromeando.

—Vete a la mierda, Kim. Venía a pedirte disculpas por lo difícil que te lo he puesto desde que salimos de aquel callejón, ahora comprendo tus razones—reconoce Alicia sentándose en la cama a mi lado.

—Solo trataba de mantenerte con vida y siento mucho los golpes que has recibido, traté de controlarme, pero se me fue la mano—admito juntando las manos para pedirle perdón.

—Se te fue la rodilla, más bien, todavía me duele. Cuando estaba en los Navy Seals solía tumbar a todas las mujeres con facilidad y a muchos de los hombres, pero nunca me había enfrentado a alguien tan rápida como tú—confiesa encogiéndose de hombros.

—¿Esto significa que hacemos las paces?—pregunto esperanzada.

—Sí, hacemos las paces, pero, coño, podías haberme explicado lo que pretendías y nos hubiésemos ahorrado los disgustos. Reconozco que faltó un pelo para que pidiese ayuda a gritos en nuestra escala en Japón—expone suspirando.

—Hasta que llegamos a México no tenía nada claro qué hacer contigo, no podía hacerte daño, pero confieso que no tenía ni idea de lo que hacer. De pronto, se me encendió una bombilla y llamé a Marco, sabía que Sofía y él querían terminar con esta situación al precio que fuese y estuvieron de acuerdo en decirte la verdad. El problema fue su padre, en cuanto se enteró de que eras del FBI quería hacer volver al avión a Sinaloa donde te esperaría Raúl “el gordo” con su motosierra—bromeo llevándome una mano a la frente.

—Joder, Raúl “el gordo”, es una leyenda, todavía no me puedo creer que haya compartido varias horas de avión con él. Parecía un bonachón juerguista mientras hablaba contigo—se asombra Alicia negando con la cabeza divertida.

—Es un bonachón juerguista, y un padre excelente, tendrías que verle jugando con sus hijos pequeños. Lo otro es solo su trabajo, no es nada personal. Nunca le he visto trabajar, pero sé que tíos muy duros no han podido ni siquiera presenciarlo sin vomitar, si tienes información, consigue sacarla—le aseguro muy seria.

—Espero no volver a cruzarme con él en la vida—reconoce Alicia con un suspiro de alivio.

Instintivamente, me acerco más a ella y tomo su mano derecha entre las mías, acariciando su piel con mi dedo pulgar. Esta vez no la aparta, sino que aprieta una de mis manos apoyando su frente sobre la mía al tiempo que deja escapar

lentamente una gran cantidad de aire.

El corazón late desbocado dentro de mi pecho al volver a sentirla tan cerca, y eso es algo que rara vez me pasa, pero, cuando siento su mano cálida acariciando mi cuello y sus labios besar mi frente, creo que me convierto en plastilina.

Alicia coge mi mano derecha y la besa, pequeños y deliciosos besos sobre mi piel mientras recorro el contorno de sus labios con la yema de los dedos.

—Este dedito huele a sexo—bromea entre susurros.

—Estaba pensando en ti—confieso sonriendo.

—Eso se lo dirás a todas—susurra de nuevo haciendo que el cosquilleo entre mis piernas se haga insoportable.

—Ahí te tengo que dar la razón, pero en tu caso es verdad—reconozco meneando la cabeza mientras muerdo el labio inferior.

Cuando me empuja sobre la cama y se tumba sobre mí, todas mis barreras desaparecen. Normalmente, soy una mujer muy dominante, alguien que no se cuelga fácilmente de sus parejas, pero Alicia tiene algo que me desarma, algo que me hace enloquecer.

Torpemente, nos quitamos la ropa a toda prisa, sintiendo el contacto de la piel desnuda en nuestro cuerpo, nuestras manos deseando volver a acariciarnos, nuestras bocas buscándose con deseo.

Un suave grito se escapa de mi garganta cuando su mano se cuela entre mis piernas y sus dedos se introducen en mi interior. Más y más gemidos mientras esos mismos dedos me penetran con maestría, buscando los puntos que me producen un mayor placer, su otra mano acariciando mi clítoris hasta hacerme gritar.

Sus uñas sobre mi espalda cuando, poco más tarde, soy yo la que se lo hago a ella, su vientre tenso marcando unos deliciosos abdominales que consiguen volverme loca, ambas unidas en una sinfonía de gemidos que rompe el silencio nocturno. Fundidas una y otra vez en una maravillosa noche sin fin hasta que, abrazadas, nos vamos quedando dormidas, agotadas, satisfechas.

***

ALICIA

Tal y como esperábamos, la noticia de que la farmacéutica Bartow ha falsificado varios ensayos clínicos en sus medicamentos cae como una bomba en la cotización en bolsa de la compañía. La familia de Sofía pierde una verdadera fortuna en apenas una hora, aunque la alegría de su madre al saber que está con vida compensa con creces las pérdidas económicas.

Por las noticias que nos llegan desde Estados Unidos, los inspectores de la FDA han tomado la sede de la empresa y están encontrando algún caso más además de los tres medicamentos que Sofía había identificado.

Tomo tierra en el aeropuerto JFK de Nueva York procedente de Bangkok con un sentimiento agridulce, contenta de haber resuelto un importante caso, pero empezando a echar de menos a Kim de una forma inesperada.

No puede ser que la vida me dé dos oportunidades de conocer a la que puede ser mi alma gemela y a la primera me la arrebaten los disparos en una aciaga emboscada en el Golfo, mientras que la segunda es una delincuente. Joder, en condiciones normales Kim y yo podríamos haber llegado a algo, estos días en Tailandia junto a ella han sido maravillosos y las noches mucho más, pero nuestros mundos no pueden ser más diferentes. Mi trabajo es dar caza a gente como ella y sus socios, no enamorarme.

Qué mierda, ahora debo enfrentarme a mis superiores para mantener en secreto el paradero de Sofía y Marco Saavedra y, de paso, tratar de montar una historia que sea creíble y que no involucre a Kim en ningún momento.

Bill me recibe a la puerta del avión, ventajas de ser agente especial al mando, supongo, y me deja de piedra cuando su gran cuerpo me cubre en un abrazo. Celebra el caso como si hubiésemos conseguido la paz en el mundo, el propio gran jefe del FBI nos ha felicitado, no en vano Sofía es la sobrina de un senador y la heredera de una de las mayores empresas del país, aunque ahora mismo se encuentre en horas bajas.

—No todo ha salido bien—me informa con un claro gesto de disgusto.

—¿Me va a dar problemas haberme cargado al tipo ese en el callejón del East

Side?—pregunto confusa.

—No, por eso no te preocupes, me refería a que alguien ha dado un chivatazo a la cúpula de la farmacéutica y Julius Bartow y dos de sus colaboradores han escapado antes de ser detenidos. Les estamos siguiendo la pista, pero, de momento, se encuentran en paradero desconocido. Con dinero se mueven muchos hilos—reconoce negando con la cabeza—y con mucho dinero, aún más.

Al llegar a la sede del FBI en Chicago, Bill me conduce directamente al despacho del director adjunto, donde se encuentran la madre de Sofía junto a su tío, el senador Mastoris, que se levantan como un resorte al verme entrar.

No puedo evitar fijarme en lo diferente que es el rostro de ambos en estos momentos en comparación al día en que les conocí. Están radiantes, con una sonrisa de oreja a oreja e incluso Melinda Mastoris se salta el protocolo y me envuelve en un largo abrazo agradeciéndome haber encontrado a su hija sana y salva, algunas lágrimas brotando de sus ojos y estropeando su perfecto maquillaje.

—Ya les había dicho que adjudicábamos el caso a nuestra mejor agente, fue condecorada al valor por sus misiones con los Navy Seals—repite el director adjunto como un mantra.

Agradeciendo educadamente los cumplidos, escucho al senador Mastoris que prácticamente me suelta un discurso ensalzando los valores de justicia, valentía y honestidad en los que debería basarse la sociedad de nuestro país y de los cuales me pone como ejemplo sin saber que, no solamente estoy escondiendo a una delincuente, sino que me he acostado con ella. Desconociendo también el daño que la competitividad insana de su familia ha hecho a su sobrina.

Seguramente, jamás vuelva a encontrarme con Kim, y pienso que es mejor así. La recordaré siempre como mi delincuente favorita, esa que me enseñó que no todo es blanco o negro, sino que nuestro mundo se compone de una cantidad infinita de tonalidades de gris. Un abanico de tonos en los que, aquellos a los que perseguimos pueden ser a veces los buenos mientras que otros que tomamos como ejemplo de honestidad, los malos.

Esa que me enseñó en apenas unos pocos días que debo pasar página en mi vida, que torturarme con un recuerdo y matarme poco a poco con la bebida no me devolverá a Cat, que se ha ido para siempre y debo empezar a superarlo.

Esa que me enseñó a ser una mujer mucho mejor de lo que era antes de conocerla.

Epílogo

ALICIA – UN AÑO MÁS TARDE

Necesitaba unas vacaciones como el mismo aire que respiro. Este último año ha sido una auténtica locura, desde que resolví satisfactoriamente el caso de Sofía Bartow, mutado de desaparición a fraude farmacéutico, me están cayendo casos más y más complicados.

Bill afirma que si sigo así pronto podrían ascenderme a agente especial al mando, aunque a mí las escalas y los títulos me siguen dando igual, lo que de verdad me importa es resolver los casos y supongo que el de Sofía Bartow me enseñó a buscar otra perspectiva en mis investigaciones más allá de lo obvio, algo que me ha hecho mejor agente.

A la llegada a Isla Mauricio, un cómodo coche me traslada desde el aeropuerto hasta mi hotel en la Isla de los Ciervos, un pequeño islote apenas separado de la isla principal donde se encuentran las mejores playas y, tratándose de Mauricio, eso significa algo cercano a lo que debe de ser el paraíso.

Maravillándome por el precioso color verde cristalino del mar que rodea la playa privada del hotel, coloco la toalla sobre la arena blanca y me quedo en bikini cuando escucho unos pasos acercarse.

—¿Puedo invitarte a beber algo?—pregunta una escultural mujer justo a mi lado.

Al mirarla, dejo escapar un suspiro, su bikini blanco tapa lo justo y necesario para dejar a la imaginación un cuerpo de infarto.

—Lo cierto es que estaría mucho más interesada en seguirte a tu bungalow—confieso alzando las cejas y mordiendo mi labio inferior con deseo.

La chica me sonríe haciendo una seña para que la acompañe, aunque solamente tengo ojos para el movimiento de su culo al caminar.

—Me llamo Junko, por cierto—deja caer de manera casual.

—¿Japonesa?

—Sí—afirma con rotundidad.

—Qué idiota eres, Kim, con tus rasgos no pasas por japonesa ni de coña—bromeo rodeando su cintura con los brazos y cubriendo su cuello de besos.

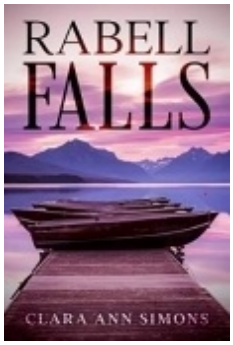
Ya en su bungalow, unimos nuestros cuerpos con un deseo que ha ido creciendo durante el último año, disfrutando de una semana de vacaciones en el paraíso por cortesía del padre de Marco Saavedra, aunque ese es un pequeño detalle que no puedo comunicar a mis compañeros del FBI.

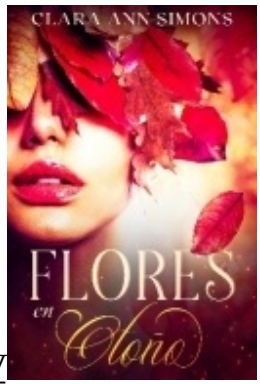
Si te ha gustado esta historia, te pediría que dejes un comentario en Amazon o en Goodreads. Para una autora significa mucho y ayuda a que más gente pueda encontrarlo.

Otros libros de la autora Tienes los enlaces a todos mis libros actualizados en mi blog

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán también los siguientes:

"Rabell Falls"Versión Kindle y Kindle Unlimitedhttps://relinks.me/B08WC52BCDVersión en papelhttps://relinks.me/B08WJTPR77



"Flores en otoño"Versión Kindle y Kindle unlimitedhttps://relinks.me/B0917KWSF7Versión en papelhttps://relinks.me/B0915M7SHV 

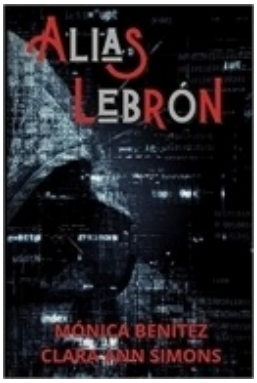
"Lágrimas por Paula"Versión Kindle y Kindle Unlimitedhttps://relinks.me/B08Y5HTWVZVersión en papelhttps://relinks.me/B08Y49YZH7



"Alias Candy" Escrito a cuatro manos con Mónica Benítez Versión Kindle y Kindle Unlimitedhttps://relinks.me/B08MXV7BHRVersión en papelhttps://relinks.me/B08N5TNWYF



"Alias Lebrón" Segunda parte de Alias Candy. Escrito a cuatro manos con Mónica Benítez Versión Kindle y Kindle Unlimitedhttps://relinks.me/B08TB2YRNYVersión en papelhttps://relinks.me/B08T7XK4W2



¿Ya los has leído? ¿Prefieres otro tipo de libros? Pásate por mi blog para ver la lista actualizada: https://www.clarasimons.com/2020/04/enlaces-mis-

libros.html